H

U

S

H

HUSH: EL IMPASIBLE

Cuando me despierto, lo primero que hago es liarme un pitillo de tabaco con sabor a vainilla y ponérmelo en los labios mientras me visto. Normalmente soy el primero del grupo en hacerlo, cuando todavía está cayendo el atardecer y aún se percibe algo de luz por las pocas rendijas de las persianas. Camino hacia la puerta, pero antes de salir, recojo un calzón sucio de Tilo que, como siempre y sin importar la de veces que le dijera que aquello era una puta guarrada, había dejado colgado en el picaporte. Lo cojo y me doy la vuelta hacia la litera para metérselo en la boca entreabierta por la que no para de roncar.

—¿Qué coño...? —se despierta y mueve las manos para tratar de apartarme, pero yo solo se lo hundo con más fuerza y le doy una bofetada seca.

—Como vuelva a ver un puto calzón en la puerta, te lo hago comer, ¿me oyes? —le digo todavía con el pitillo en los labios antes de darle otra bofetada.

Él me insulta y escupe la ropa interior, pero sabe quién soy yo y de lo que soy capaz. Todos lo saben y por eso yo soy el Alfa. Salgo por la puerta y doy un ruidoso portazo antes de recorrer el pasillo del Territorio Lobato del Refugio en dirección a las escaleras.

Me cruzo con Will el Bigotes y Jack en las cocinas. Ambos me saludan con un breve cabeceo mientras continúan desayunando y yo respondo con el mismo gesto vago y desinteresado. Me acercó a la cafetera y pongo una cápsula de café instantáneo en la máquina antes de sacar mi *zippo* plateado del bolsillo del vaquero. Doy la primera calada del día, que, para mí, es siempre la mejor. Suelto el aire hacia el techo y me cruzo de brazos a la espera de que el café esté listo.

—Hush —me llama una voz grave a mis espaldas.

—¿Qué? —pregunto sin girarme. Sé quien es, pude olerle en el pasillo y nada más cruzar la entrada de la cocina. Sé que ha venido a dormir al Refugio, pero después de estar con uno de sus humanos, ese que usa champú con olor a manzana.

—El Alfa quiere verte —responde Ron.

—Ahm... —murmuro por lo bajo, recogiendo mi taza de café caliente cuando la máquina termina de prepararlo.

—No me enfades y no me obligues a repetirlo —insiste en un tono más grave y peligroso.

Suelto otra calada de humo con aroma a vainilla y voy hacia una de las neveras para sacar un cartón de leche.

—Te he oído, Ron —respondo con calma, todavía sin dignarme a mirarle.

—Entonces deberías recordar con quién estás hablando, Hush...

Me doy la vuelta y echo la leche en la taza, enfrentándome a la mirada del Quinto Beta con mi mejor expresión de indiferencia mientras el humo azulado brota de la punta de mi pitillo. La única razón por la que me está tocando los cojones es porque Zain y Loper están delante, así que Ron quiere reafirmar su autoridad conmigo frente a los dos Machos Comunes; pero a mí eso no podría sudarme más la polla.

—Uh... qué miedito me das... —digo antes de encogerme de hombros.

El Beta saca las manos de los bolsillos de su vaquero y aprieta los puños, produciendo una serie de crujidos, a los que yo respondo con la misma actitud indiferente. Me saca el pitillo de los labios, echo el humo a un lado y le doy un sorbo al café templado.

La tensión crece por momentos, interrumpiendo el ambiente cálido de la cocina. Nuestras miradas no se separan. Ron está decidido a pegarme una última vez si fuera necesario antes de que me convierta oficialmente en un Macho de la Manada. Yo no le caigo bien y a mí él tampoco. Entonces, antes de que se produzca lo inevitable, unos pesados pasos llegan desde el pasillo y una enorme figura se queda parada en la puerta. Ron se gira y agacha la cabeza, al igual que Loper y Zain.

—Husky —le saludan casi al unísono.

El puto Husky se queda mirándonos con su expresión de gilipollas, respondiendo con un vago cabeceo a los saludos. Lleva una sudadera negra y abultada, un gorro de lana con pompón en la cabeza y un enorme cubo de *tupper* repleto de comida bajo el brazo. Da un par de pasos hacia la mesa más cercana y lo deja encima.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—No. Solo le estaba diciendo a Hush que el Alfa quiere verle, pero el lobato se está haciendo el importante, como siempre...

Los ojos amarillentos y anaranjados de Husky recaen sobre mí. Sigue siendo un SubAlfa enorme e intimidante aunque ya tenga numerosas canas en su barba espesa y en las sienes. Es algo así como una reliquia viviente, porque la mayoría de su generación de viejos ya habían dejado las actividades de la Manada hacía tiempo, limitándose a hacer trabajos secundarios y sin importancia; pero él continua a la cabeza del grupo de Machos que hacen las «visitas».

—Hush tiene que ir a ver a Alfa —ordena con su voz grave.

Chasqueó la lengua y miro hacia un lado de la cocina. Odio que me den órdenes, como si yo no supiera lo que tengo que hacer... pero él es el Primer SubAlfa y no tengo otra opción que asentir y agachar un poco la cabeza.

—Sí, Husky —respondo en voz baja.

Sin esperar ni un segundo más, me voy con mi café recién hecho hacia la puerta, fumando otra calada rápida que me aseguro de echar en dirección a Ron antes de desaparecer por el pasillo. Estoy de mal humor y no saludo a los Machos que me encuentro de camino, o fumando en la entrada del Refugio al cubierto de la fina lluvia de primavera. Solo sigo adelante por la acera hasta el edificio contiguo. Antes había sido un bloque de oficinas, pero hacía muchos años que lo habían remodelado para que formara parte del propio Refugio, como un añadido. Algo más que necesario cuando la Manada era tan grande que ya ni cabía en el Hotel. Aún así, habían reservado una parte de tres pisos, privada, solo para el despacho del Alfa, los archivos y... la Madriguera. No me detengo hasta subir las escaleras, alcanzar el último piso y detenerme frente a la doble puerta de roble del despacho. Llamó con el nudillo un par de veces, pero se oye una fuerte música rock proveniente del interior y sé que no me va a escuchar, por eso abro sin más.

—¿Me has llamado, Nick? —le pregunto con un tono suficiente alto para hacer oír con la música de guitarras y baterías.

El Alfa levanta la mirada de la pantalla plana del ordenador y me dirige un breve saludo a forma de cabeceo rápido. Coge el mando del equipo de música y la detiene, sumergiéndome de pronto su despacho en el más profundo silencio.

—Sí, siéntate, Hush, por favor —responde antes de girar el sillón hacia mí.

Dejó la taza de café a medio beber sobre el escritorio y, mientras me acomodó en uno de los asientos frente a su enorme mesa, el Alfa se recuesta y se cruza de brazos, tensando la tela de su camiseta de *Led Zeppelin*. Nick todavía es joven, para ser el líder de la Manada, quiero decir. Se había ganado el puesto a los treinta, cuando Dorian decidió retirarse a una casita de Bremerton con Katy. Nick es un Macho muy fuerte y un gran Alfa, tiene el respeto de toda la Manada, pero a veces se escuchaban historias de un pasado no tan brillante donde era un paria y hasta había sido desterrado.

—Ha llegado el momento de hablar de tu futuro y de tu lugar en la Manada, Hush —me dice tras un breve silencio.

Arqueo levemente las cejas con interés y presto mucha más atención a sus palabras, llegando a inclinarme hacia delante para apoyar los codos en las rodillas y sacarme el cigarro de los labios.

—No me digas... —murmuro—. ¿Ya te has dado cuenta de que no hago más que perder el tiempo en ese pozo de miseria que es el Territorio Lobato?

El Alfa asiente y continúa:

—Sí, eso creo, pero me preocupan un par de cosas. Como, por ejemplo, el rango que debería darte. Dime, Hush, ¿qué rango crees que te mereces?

Es una pregunta extraña, pero no dudo en responder:

—SubAlfa.

Nick vuelve a asentir, como si fuera exactamente lo que se esperaba que dijera.

—¿Por qué?

—Si me estás haciendo una entrevista de trabajo, que sepas que no he traído mi currículum.

El Alfa ni se inmuta por mi pequeña broma sarcástica.

—¿Crees que serías un buen SubAlfa, Hush? Es un rango muy importante, repleto de responsabilidades.

—Creo que sería un SubAlfa cojonudo —le aseguro—. Sé contar hasta más de diez, que es más de lo que sabe hacer Husky...

Nick se queda en silencio y continúa mirándome fijamente, pero si está sorprendido o divertido, no da ninguna muestra de ello.

—Husky es un gran SubAlfa —declara—. Ha hecho mucho por la Manada.

Pongo los ojos en blanco y no me queda otra que responder:

—Era broma, Nick. Ya sé que Husky es un gran Macho.

—A veces tu sentido del humor es un poco ofensivo. ¿Lo sabías? Eso también me preocupa, muchos Machos te consideran prepotente y desagradable.

Me encojo de hombros me recuesto en la silla, dejando caer la espalda en una postura cómoda pero poco profesional y elegante.

—Mi humor solo es ofensivo si crees que lo digo en serio —respondo tranquilamente—. Y esos Machos que se ofenden, es porque tienen el ego quebradizo y la polla pequeña.

—Yo creo que el problema es tu actitud. Siempre pareces muy serio, Hush. Indiferente... como si nada ni nadie fuera suficiente bueno para ti.

Fumo otra calada y dejo que el humo azulado me acaricie el rostro y que el silencio se alargue hasta el extremo. Nick no me está diciendo nada que yo no sepa ya.

—Que yo sepa, no está prohibido ser una persona seria —le digo al fin—. A no ser que ahora hagas una nueva norma para que todos sonrían en la Manada, lo cual, si me preguntas, sería bastante aterrador.

—Te lo digo porque, como SubAlfa, se espera de ti que seas capaz de empatizar con tus subalternos, Hush. Nadie quiere seguir a un líder que parece una estatua de hielo y que te mira como si te estuviera juzgando en silencio por todo lo que haces.

Frunzo un poco los labios y miro a un lado, hacia la ventana con vistas a la creciente oscuridad de la calle. Podría decir muchas cosas, podría intentar poner excusas o incluso explicar lo que aquellas palabras me hacen sentir, pero prefiero quedarme en silencio.

—Sé que eres muy fuerte e inteligente, Hush. Aunque tus métodos sean... duros, está claro que son efectivos —reconoce, acentuando esa parte—. Has mantenido a raya a los Lobatos bajo un puño de acero, pero me preocupa que lo que sientan al oír tu nombre sea... miedo. Te respetan solo porque te temen, no porque te consideren un líder. —Se detiene ahí, quizá a la espera de que diga algo, sin embargo, no recibe nada más que silencio de mi parte. Nick toma una profunda bocanada de aire y continúa—: No te digo esto para sermonearte, sino para que entiendas la complicada situación que tengo delante. Quiero darte el rango de SubAlfa, pero temo que no seas capaz de... ofrecer a los Machos el liderazgo, apoyo y confianza que se esperan de sus superiores. ¿Tú crees que podrías? —termina por preguntarme.

—No —murmuro antes de girar el rostro hacia él—. Cuando me haga SubAlfa, montaré una sala de torturas en el sótano y mandaré allí a todos los Machos que se atrevan a hablarme. A los que se crucen en mi camino, les daré latigazos hasta que tengas la espalda ensangrentada y...

—Hush —me detiene Nick con un tono duro y seco—. Es una pregunta seria. ¿Crees que podrías liderar a un grupo de Machos? Había pensado en darte un puesto especial y poner a un par de chicos a tus órdenes.

—Por supuesto —respondo—. Les obligaré a llamarme Hishler y llevaremos uniformes especiales de las SS Lobunas.

—Por dios... —murmura Nick mientras se lleva una mano al rostro para frotarse el puente de la nariz.

Se queda así un momento hasta que, con una expresión de cansancio, abre el cajón del escritorio para sacarse una cajetilla de tabaco largo junto con un *zip*o negro y gastando. Se pone un cigarro en los labios y lo enciende, entrecerrando los ojos para que el humo no le pique cuando le da la primera calada. Tras aquello, apoya los codos en la mesa y vuelve a mirarme.

—Vete, ya hablaremos en otro momento.

Aplasto lo poco que queda de mi pitillo en el cenicero y me levanto, llevándome conmigo la taza de café con leche. Tengo cuidado de no cerrar la puerta de un

portazo, aunque mi mano se aferre al pomo con tanta fuerza que duele. Una vez en el pasillo, camino en dirección a la segunda planta. Allí hay otro despacho, menos señalado y ostentoso, pero casi tan importante que el del Alfa. Esta vez no llamo. Solo entro en la Madriguera de un golpe seco y miro al hombre que espera con un pitillo en los labios, una taza de café en la mano y los tobillos cruzados sobre el sillón frente a él.

—Hola, cachorro —me saluda, como siempre.

—¿Qué puesto me quiere dar Nick? —pregunto—. ¿Tacoma?

—No —responde tranquilamente, volviendo a mirar a través de la ventana entreabierta por la que se escapa el humo de su tabaco—. Quiere que lleves un equipo de apoyo o alguna mierda así.

—¿Qué? —frunzo el ceño y chaqueo la lengua, porque el día solo empeora por momentos—. ¿Qué cojones significa eso? Yo debería tener Tacoma.

Zack gira el rostro hacia mí y me observa en silencio. Para lo mucho que fuma y lo poco que se preocupa por su salud, sigue siendo un hombre muy atractivo; incluso a sus cuarenta años. Las canas en el mentón y en las sienes, junto con unas pocas arrugas, solo le han dado un toque de madurito sexy que volvía locos a muchos Lobatos.

—¿Quieres un donut? —me pregunta entonces, señalando la barra en un lateral de la Madriguera—. Hay de tus favoritos.

En una de las paredes hay una especie de cocina con numerosas tazas en las baldas, una por cada Macho que visita asiduamente el lugar. Debajo hay una máquina de café último modelo, un bufete de cereales y una bandeja de cruasanes recién horneados y donuts que entregaban puntualmente cada anochecer. El aroma dulce y delicioso se mezcla con muchos otros en el ambiente: el rastro de los chicos que han estado ahí mezclado con un leve olor a tabaco, pero sobre todo, con la fuerte peste a Husky que Zack desprende.

No respondo a su pregunta, solo cierro la puerta a mis espaldas, me acerco a la mesa y dejo mi taza de café. En el montón de los bollos, hay dos o tres un poco apartados del resto, recubiertos con un glaseado de color rosa chillón con sabor a fresa; mi favorito.

—Sabías que iba a venir —murmuro.

—Claro que lo sabía —responde a mis espaldas—. Conozco muy bien a mi cachorro.

Asiento lentamente y cojo uno de los donuts con glaseado de fresa antes de girarme para mirarle con la misma expresión indiferente que él me dedica. Algunos dicen que nos parecemos, pero yo no creo que eso sea verdad; tan solo tenemos un par de gestos parecidos, puede que alguna mueca o respuesta similar, aunque nada importante ni sorprendente ya que, después de todo, él es el humano que me ha criado desde pequeño.

—Sigo sin entender por qué siempre te vistes como si fueras un matón de la mafia del este —me dice, señalándome con la misma mano con la que sostiene el pitillo. No necesito bajar la mirada para saber que se refiere a mis pantalones de pinza ajustados y a mi camisa negra, metida por dentro de la cintura, remangada hasta los codos y desabotonada hasta casi el abdomen, por lo que hay una más que

clara visión de mis pectorales cubiertos de vello pardo y de la cadena plateada que me cuelga del cuello.

—Me gusta más cuando lo describes como: «un estríper disfrazado de hombre de negocios».

—Sí... —murmura él, moviendo la mirada de vuelta a la ventana—. Describir así a un hijo es el sueño de todo padre...

Zack es de los pocos compañeros que mantienen esa mentalidad de «figura paterna», aunque sus Crías —en este caso, yo—, ya fueran Machos con pelo en los huevos y a punto de comenzar su vida adulta. La mayoría cedían ante el hecho de que la Manada no funcionaba como sus familias humanas, así que dejaban de considerarse padres o madres una vez que sus Crías llegaban a la pubertad, perdiendo, muchas veces, todo contacto con ellos. Pero no Zack, que insistía en llamarme «cachorro» y recordarme que, una vez, había vivido en la Guarida y compartido el olor de Husky. Algo que ya no tenía ningún tipo de significado para mí o para el Primer SubAlfa, quien me trataba como a cualquier otro Lobato de la Manada.

—¿Qué es eso del equipo de apoyo? —le pregunto tras dar un mordisco al donut. Zack tarda un momento en ladear el rostro y mirarme de nuevo a los ojos. Se nota que todavía está algo atontado, difuso y demasiado calmado. Husky no ha perdido la vitalidad con los años y sigue follando como un animal cada mañana, lo que siempre deja a su compañero sumergido en aquel estado de extraña relajación. Zack señala el asiento frente a él y espera a que me dirija hasta allí antes de bajar los pies para que pueda sentarme.

—El Territorio de la Manada es muy grande y las cosas se están... complicando —me dice—. Los Distritos fueron una gran idea al principio, cuando la Manada estaba centralizada, pero es un sistema que podría terminar dando problemas. Lo que empezó como algo inofensivo —continúa, recostándose en su mullido sillón—, como las «Madrigueras», con las que, por cierto, yo no tengo nada que ver —recalca, señalándome con la mano del cigarro antes de llevárselo a los labios para darle una calada—, están preocupando a Nick y, sinceramente, no puedo decir que no tenga lógica ni sentido.

—¿Cuál es el problema con las Madrigueras? —pregunto antes de encogerme de hombros—. A mí también me jodería tener que conducir tanto para ir y volver al Refugio cada día. Además, aquí ya no hay sitio para todos.

—El problema no son las Madrigueras, Hush —responde—. Está claro que no podemos obligar a los Machos que trabajan en Bremerton, North Rend o Tacoma a pasarse de dos a tres horas en el coche conduciendo ida y vuelta cada día. Además, como dices, aquí ya no hay sitio. Así que tiene lógica que la Manada haya tenido que crear espacios en esos lugares que funcionen como pequeños Refugios de cada Distrito. El problema es que las nuevas generaciones están naciendo y creciendo allí, a veces, sin llegar a tener contacto con el Refugio más que una o dos veces al año, durante las gilipollices que tenemos que celebrar —pone los ojos en blanco para recalcar lo mucho que odia las cenas de navidad y las vacaciones en el campamento de verano, los dos únicos eventos a los que ni él puede permitirse faltar—. El caso es que podría empezar a haber un sentimiento de pertenencia a esos Distritos, uno que podría ser más fuerte que el

de la pertenencia a la Manada. No ahora, pero sí quizá dentro de unos años, cuando esas nuevas Crías crezcan y se conviertan en Machos. ¿Lo entiendes?

—Ah... —comprendo—. Esto es por lo del Club Eclipse...

—Por supuesto que es por el puto club, Hush —afirma antes de darle una calada al cigarro y expulsar el humo en dirección a la ventana entreabierta—, a Nick se le pusieron los pelos de punta cuando lo supo. Walt nunca fue el más listo de la Manada, pero esa tontería de «los Eclipse» se le está yendo de las manos.

—Nick cree que esa tontería va a dividir a la Manada.

—No es una tontería, Hush —me asegura Zack—. Lo de poner nombres a los Distritos es solo algo anecdótico, no algo para diferenciarnos y separarnos. Los Machos de Bremerton *no son* «los Eclipse», como los de Tacoma no son «los Media Luna» ni los de North Rend «los Luna Roja». Todos somos la misma Manada, los Luna Llena. Y los lobos del Luna Llena solo tienen *un* Club.

Zack le da una última calada al pitillo y lo aplasta contra el cenicero que hay en la repisa de la ventana. Entonces se levanta y va en dirección al bar para prepararse un segundo café. Me ofrece uno también y murmuro un breve «Sí». En lo que tarda en activar la cafetera y buscar mi taza en la repisa, me da tiempo a reflexionar sobre lo que me ha contado. Personalmente, no me parece tan grave que los chicos de Bremerton hayan decidido abrir un pequeño bar de copas y que lo hayan llamado el «Club Eclipse». Después de todo, son los que más lejos viven de la ciudad, al otro lado del lago.

—¿Te das cuenta que es más cómodo para ellos tener un club allí? —le pregunto a Zack, de espaldas a mí—. No solo por tener que venir hasta el centro, sino porque quizá los humanos que elijan vivan en la otra punta de la ciudad. Es más sencillo si esos humanos son de Bremerton, que tengan sus casas por la zona, lo suficiente cerca para poder ir a visitarles cuando quieran.

—Sé por qué lo hacen, Hush —responde, volviendo con dos tazas en las manos, una para mí y otra para él. Cuando se sienta de nuevo en el sillón, cruza las piernas y ladea el rostro—. Comer y follar son las únicas dos cosas que os preocupan. Cuanto más y más cerca, mejor... Sin embargo, Walt no pidió permiso a Nick para abrir un nuevo club, lo que le dijo fue que había encontrado un local nocturno bastante rentable. Entonces lo remodeló, le puso el nombre y llevó allí a sus chicos para que les comieran la polla en el sótano.

—¿En el sótano? —pregunto.

—Sí, es como el callejón del Luna Llena. Ya sabes de lo que hablo —afirma junto con un leve arqueamiento de la ceja.

Un bajo gruñido de excitación e interés me brota de lo profundo de la garganta mientras un calor me recorre el abdomen, descendiendo en directo a mi entrepierna.

—Suena divertido —reconozco.

Zack coje una bocanada de aire y la suelta lentamente. Sus ojos verdes se desplazan de nuevo en dirección a la ventana y le da un sorbo a su taza de café recién hecho.

—Puedes ir a verla por ti mismo, ahora ya eres un Macho de la Manada —murmura.

Me quedo en silencio y, por primera vez, aparto la mirada.

—Nick no me ha dado el rango todavía —le confieso.

—¿Qué? —dice Zack, volviendo su vista hacia mí con la misma rapidez y violencia con la que había hecho la pregunta.

Mantengo la calma, pero siento un leve cosquilleo de nerviosismo en la boca del estómago que, por supuesto, no dejo traslucir en mi actitud indiferente. Me encojo de hombros y continuo:

—Dice que quiere hacerme SubAlfa, pero que me falta carisma o alguna gilipollez así. Le preocupa que haya usado la violencia y el miedo para someter a los Lobatos.

—Claro que has usado la violencia para someter a los Lobatos. Son putos Lobatos —responde, como si con eso ya lo explicara todo.

—Quizá Nick se crea que van a obedecer solo porque se lo pida «por favor» —afirmo, respondiendo a su mirada.

Zack pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. Después de todo, yo había aprendido mucho de él y de sus métodos. A día de hoy, Zack todavía era considerado El Terror de los Lobatos.

—Lo que pasa es que Nick también era un pedazo de cabrón violento cuando tenía tu edad. Quizá tema que tú cometas sus mismos errores...

—¿Qué se cree que voy a hacer? ¿Pegar y amenazar a los Machos que ponga a mis órdenes? —pregunto, dejando traslucir un poco de mi enfado e indignación.

—Seguramente —afirma—. Es difícil conocerte, Hush. Trasmites una imagen bastante fría y distante.

—Pues como tú —le recuerdo—. Y no veo que haya ningún puto problema con eso.

Zack no se enfada, no se toma a mal mis palabras y no duda en mirarme fijamente y con calma mientras le da otro sorbo a su café.

—A mí también me costaba conectar con la gente cuando tenía tu edad —me dice—. También iba por la vida con esa actitud indiferente, un chico malo con corazón de hielo. Pero sé que tú no lo haces por las mismas razones por las que yo lo hacía. Tú simplemente eres así, Hush.

Compartimos un breve silencio, lo que tarda Zack en sacarse la cajetilla de tabaco del bolsillo de su chándal negro de Nike. Me ofrece uno y lo acepto, encendiéndomelo con mi propio *zippo*.

—El problema —continúa tras arrojar una columna de humo hacia la ventana entreabierta—, es que no puedes ser así y esperar que los demás te entiendan o te conozcan. Lo que ha visto Nick de ti es lo que tú le has enseñado. Quizá haya llegado el momento de demostrarle que se equivoca.

—¿Y cómo se supone que...? —pero me detengo a mitad de la frase cuando unos golpes en la puerta nos interrumpen.

Uno o dos segundos después, se abre y la cabeza de Tiger aparece por la abertura. Nos mira a ambos un momento y arquea las cejas. Ha podido olerme en el pasillo y sabe que yo estoy allí, así que tiene cuidado al preguntar:

—¿Interrumpo algo, chicos?

—No, Hush y yo solo estábamos charlando —responde él a la vez que le hace una señal para que entre.

Tiger pasa al interior con su clásica media sonrisa en mitad de su barba recortada. Lleva el pelo tan repeinado como siempre, hacia atrás, dejando una especie de tupé alto y, cuando se quita la cazadora, se pueden ver perfectamente las marcas de chupetones y arañazos que le recorren los hombros y los brazos bajo su camiseta de asas. Algunos son recientes, muchos otros, no. Incluso sin poder percibir el olor a sexo reciente que desprende el Primer Beta, Zack pregunta:

—¿Nancy?

Tiger sonrío más y responde:

—Tylor.

—¿Es Tylor un nuevo tipo de sanguijuela mutante con garras? —preguntó yo.

Zack se ríe, echando un poco de humo de tabaco a cada golpe de aire. Sin embargo, Tiger no se lo toma tan bien. Me mira y pierde un poco de su buen humor, alzando la cabeza a forma de saludo para recalcar el hecho de que él es un Macho y yo solo soy un lobato. Al menos, de forma oficial.

—¿Por qué no vas a machacártela con el resto de niños en vez de hablar de cosas de las que no tienes ni puta idea? —me pregunta mientras se dirige a la barra. Deja la cazadora de cuero hecha un ovillo y alcanza su taza de café, no sin antes buscar un pitillo largo que ponerse en los labios.

—¿Por qué no vas al médico? —respondo—. Creo que todos esos moratones han afectado a tu riego sanguíneo y a tus sentidos... como la vista o el olfato.

Tiger se gira lo suficiente para dedicarme una mirada por el borde de los ojos. Él sabe tan bien como yo que ya no soy ningún lobato. Soy un poco más grande que él y huelo mucho más fuerte, a futuro SubAlfa. Sin embargo, tiene los cojones de gruñirme con advertencia, insistiendo en el hecho de que está dispuesto a defender su posición superior. No dudo en gruñir de vuelta, pero, antes de que la cosa vaya a más, Zack no interrumpe con un pacífico:

—Como me enfade sí que vais a tener una razón para gruñir. Los dos...

Eso frena en seco el gruñido de Tiger, terminando, segundos después, también con el mío. Me levanto del sillón y dejo la taza de café casi sin beber sobre el escritorio de pino, al lado de un bollo de pan recubierto con una capa de espray para que no se pudra. La razón por la que Zack tiene aquello en su escritorio, la desconozco, pero, que yo recuerde, siempre ha estado allí.

—Me voy antes de que empieces a comerle la polla a Zack, como haces siempre —murmuro lo suficiente alto para que Tiger me oiga.

—Hush —me llama Zack antes de que llegue a la puerta. Cuando me giro, veo que se lleva un dedo a los labios, pidiéndome silencio. Lo entiendo y asiento vagamente—. Pásalo bien, cachorro —se despide.

—Ojalá pudiera comerte la polla —oigo decir a Tiger a mis espaldas en un tono más alegre.

—Lo sé —responde Zack sin más—. ¿Has hablado con Jul sobre las...?

Cierro la puerta y su voz se convierten en solo un murmullo grave a mis espaldas. Estoy molesto y fumo mi pitillo de forma un poco violenta mientras camino hacia las escaleras. Estoy cansado de que me traten como un lobato y que me menosprecien, por eso solo visito la Madriguera cuando sé que está vacía. Algo complicado cuando Tiger, el Primer Beta, se pasaba allí tanto tiempo que prácticamente podía decirse que trabaja *para* Zack. No es ningún secreto que era

uno de los favoritos del humano y que, quizá algún día, heredaría el puesto como «consejero» y su sillón en la Madriguera.

Perdido en mis pensamientos y con una mueca de leve desprecio en el rostro, salgo del edificio y me sumerjo en la fresca noche. El sol todavía está cayendo por el horizonte, pero el cielo nublado ha sumergido la ciudad en una oscuridad temprana y húmeda. Me quedo debajo del soportal del edificio, a cubierto de la fina lluvia mientras me termino el cigarro y saco el móvil. Marco un número y me lo llevo al oído. Ian tarda apenas dos tonos en responder:

– ¡Ey! ¡Pero si es el Alfa de la Mini-Manada...! ¿A qué debo este increíble placer?

– Que te jodan –le digo–. ¿Dónde cojones estás?

– En el mejor bar de la ciudad.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

– Voy para allí –y cuelgo.

Apuro un par de caladas más y tiro la colilla hacia los charcos de la acera, tomando el camino hacia el Refugio. Subo corriendo al Territorio Lobato en busca de una cazadora, sin importarme demasiado hacer ruido mientras los demás duermen. Oigo un par de quejas bajas, pero solo necesito una mirada para que se callen. Tras un ruidoso portazo, voy directo al garaje, ignorando por completo a todos los Machos que se cruzan en mi camino, al igual que ellos me ignoran a mí. Allí, en la fila de motos, hay una preciosa Honda color azul eléctrico. No es mía, por supuesto, pero estoy seguro de que a Tiger no le importa que la tome prestada por un par de horas, después de todo, está demasiado ocupado lamiéndole el culo a Zack...

Hago rugir el motor y sonrío un poco antes de salir disparado del aparcamiento, llegando a saltar levemente al final de la cuesta que llevaba a la carretera. Lo que Ian considera «el mejor bar de la ciudad» no es más que un bar de carretera en la Noventa, dirección a North Bend. Hacía muchos años había sido el local de una Manada enemiga, pero los Luna Llena los habíamos conquistado y ganado su Territorio. Ahora formaba parte de uno de los Distritos, junto con Tacoma y Bremerton.

Tardo tan solo veinte minutos en llegar, apretando el acelerador y zigzagueando entre los coches de la autopista hasta alcanzar el camino más agreste que se hunde en la espesura del bosque. Como la mayoría de las propiedades de la Manada, el local no está especialmente señalado. Solo hay un cartel de madera donde pone con grandes letras negras: «Bar Luna Roja». Hay más motos que coches allí, ya que, oficialmente, aquel era un local de moteros. Así que no me resulta complicado encontrar un buen lugar a cubierto donde dejar mi Honda y quitarme el casco.

Antes si quiera de abrir la puerta acristalada, percibo el fuerte olor de la Manada, mucho más intenso y vibrante cuando traspaso el umbral. Nick había decidido invertir un poco de dinero en reparaciones, pero seguir manteniendo ese... encanto tan típico de los bares de carretera americanos: madera envejecida, todo tipo de tonterías y trastos colgados en las paredes como si fueran los trofeos más absurdos, una granola en una esquina con una colección musical que no superaba los noventa y una iluminación amarillenta y cálida. No hay más de doce personas

en el interior, entre ellos, uno de los Machos más grandes y poderosos de la Manada, el cual está limpiando pacientemente una jarra de cerveza tras la barra. Es bastante intimidante, o lo sería si no fuera por su imborrable sonrisa, su incansable optimismo y su constante buen humor, lo que contrasta bastante con sus rasgos duros, agresivos y fuertes y con su aspecto fiero. El cabrón es enorme, incluso para nuestros estándares; dos metros de puro músculo, con unos brazos que podrían partir a un humano por la mitad, cubiertos por tatuajes maoríes que se extienden hacia sus abultados pectorales bajo la camiseta de asas. Por desgracia, esa proporción y tamaño también incluía su polla, la cual no se había privado de enseñar una y otra vez a la menor ocasión cuando éramos lobatos; demostrando otra estúpida razón por la que él era el Alfa.

No sé por qué, sonrió un poco al recordar aquello. Es estúpido, pero echo de menos ese tiempo en el que estábamos más unidos. Él ya lleva unos años yendo al Luna Llena, teniendo a todos los humanos que quiere y viviendo por todo lo alto su vida de Macho Soltero. No sé ha olvidado de mí y seguimos siendo poco menos que hermanos, pero esos tres años de edad que nos separan parecen todo un mundo cuando eres un lobato y esperas impacientemente a poder cruzar la frontera a la edad adulta.

Cuando estoy ya dentro del local, él no tarda ni dos segundos en percibir mi olor y levantar la mirada, sonriendo al instante.

—¡Atención! ¡Ha llegado el Alfa de los Pajilleros! ¡Postraos ante vuestro señor, Hush el Impasible! —exclama con una voz grave y potente que retumba por todo el local, interrumpiendo toda conversación existente hasta el momento.

Los Machos que hay allí, tomando cerveza, jugando al billar o a los dardos, se detienen y empiezan a victorearme, provocados y animados por su líder; el Segundo SubAlfa, mi mejor amigo y mayor subnormal de la Manada: Ian. Mi reacción es rápida y clara. Hago un corte de manga a todos y continúo andando hacia la barra con la misma expresión indiferente de siempre. De ahí lo de «El Impasible».

—Hola, Hush —me saluda Rita con una gran sonrisa, cruzando cerca de mí y cargando con mano experta una bandeja llena de botella de cerveza vacías.

La miro un momento y asiento. Es una de las camareras y la mujer que vive en la Guarida de Trevor, así que sería muy maleducado de mi parte ignorarla, aunque todavía no es una compañera.

—¡Traed vino, comida y humanos para el Alfa! —sigue gritando el muy gilipollas de Ian hasta que con un gesto seco le digo:

—Corta el rollo, no estoy de humor.

El SubAlfa baja las manos y frunce ligeramente el ceño, aunque conserva la suave sonrisa.

—¿Qué pasa, Hush? —me pregunta, usando un tono más bajo e íntimo—. ¿Un mal día?

—Sí —murmuro mientras dejo el casco sobre la madera vieja y me quito la cazadora de cuero—. Nick me ha llamado al despacho y la he cagado.

—Ahm... —levanta la cabeza y entonces asiente lentamente. Él me conoce, sabe lo fácil que me resulta complicarme la vida a mí mismo.

Sin decir nada, abre una nevera que hay escondida bajo la barra y me muestra una cerveza fría y húmeda, pero yo señalo una de las botellas de whisky que hay en el expositor a sus espaldas.

—Tengo uno especial para ti —me dice, yendo a buscar una botella escondida tras las demás—. Triple malta, barrica de roble y... no sé qué más gilipolleces. Costó setenta dólares, bueno, no a mí, sino al gilipollas a quien se la quité, quiero decir; pero parecía cara y busqué el precio en internet —me explica mientras rompe el sello de seguridad, desenrosca la tapa y huele el interior, poniendo una breve expresión de asco—. A mí todo el whisky me sabe igual.

—Porque tú tienes un gusto de mierda, Ian —le aseguro, sentándome en el taburete frente a él.

El Segundo SubAlfa me dedica una mirada de ceño fruncido y media sonrisa en mitad de su espesa barba negra. Allí, en el Distrito de Ian, yo ya no soy un lobato. No me tratan como si no existiera ni se enfadan por todo lo que digo. Allí no importa cómo le hablo al SubAlfa porque él y yo tenemos una amistad que traspasa los rangos, desde crías, cuando Zack y Katy nos juntaban para jugar mientras bebían café.

—¿Has visto a mis humanos, Hush? Tú no podrías conseguir unos así ni aunque te hicieran el puto Alfa de verdad —me dice, señalando sutilmente con la cabeza hacia María.

La joven está recontando distraídamente el dinero de la caja al otro lado de la barra e, incluso desde allí, puedo percibir el fuerte rastro de olor a Ian y a sexo que ella desprende. Tiene la piel de caramelo, la melena salvaje y morena, unos labios llenos, ojos negros y brillantes, un cuerpo escultural y un delicioso acento puertorriqueño. Es una de las favoritas del Segundo SubAlfa, pero, al contrario de lo que ella cree, no es la *única*.

—No me has dado tiempo todavía —murmuro tranquilamente antes de encogerme de hombros.

—Eso es verdad —dice él, recuperando toda su sonrisa. Pone dos hielos en los vasos y empieza a verter el whisky, que produce un gorgoteo apresurado—. Estoy deseando que puedas venir conmigo al Luna Llena y ver como los humanos hacen cola delante de mi sofá... Te va a encantar, Hush.

—Estoy impaciente por comprobar cuantos de esos humanos que hacen cola son conscientes de que es tu sofá a lo que están esperando llegar y no a los baños.

Ian se ríe de forma irónica y mueve la cabeza de lado a lado, agitando su larga melena negra y ondulada.

—Si quieres te doy un par de lecciones sobre como follar, Hush, no es lo mismo que machacársela como un mono contra las almohadas, algo en lo que tienes una amplia experiencia.

—¿«Amplia experiencia»? —repito, arqueando ligeramente la ceja—. ¿Quién te ha enseñado esas palabras, Ian? ¿Te estás follando a algún universitario o es que ahora aparece vocabulario nuevo en las etiquetas de las cervezas y te has parado a leerlo entre trago y trago?

—¿Por qué no usas ese ingenio tuyo para tratar de convencer a los humanos de que te coman la polla?

—Yo no necesito convencer a nadie para que me la chupe —le aseguro—, ellos son los que intentan convencerme a mí para que me deje chupar.

—A lo mejor lo hacen para tratar de descubrir si de verdad eres un robot incapaz de sentir emociones —responde, encogiéndose levemente de hombros.

Sonrío y se me escapa un leve bufido de risa. Para ocultarlo, niego con la cabeza y bebo un trago de whisky con la mirada perdida en el expositor de bebidas.

—Entonces... —dice Ian, cruzando los brazos sobre la barra y acercándose un poco más a mí, lo suficiente para poder bajar la voz y que aún se escuchara entre el ruido y la música —. ¿Qué ha pasado con Nick?

Tardo un par de segundos en responder:

—Me llamó al despacho. Dijo que iba a hacerme SubAlfa...

—¡Lo sabía! —me interrumpe él con una enorme sonrisa. Entonces levanta una mano y me golpea el hombro para celebrarlo, apretándome tan fuerte que hasta me hace daño—. ¡Bienvenido a la Manada, pedazo de cabrón!

—No —niego, sin compartir su buen humor ni su alegría—. Al final no lo hizo.

A Ian se le congela la expresión y relaja el apretón de mi hombro, terminando por deslizar la mano de vuelta a la mesa.

—¿Qué has hecho...? —pregunta.

—Nada —trato de defenderme, pero me siento mal y estúpido al recordarlo—. Simplemente me ha dicho que tiene... —me detengo y bajo la mirada al vaso de whisky.

Ian también lo percibe y se incorpora segundos antes de que María llegue a su lado con una preciosa sonrisa.

—*Hola*, Hush —me saluda en español mientras rodea el cuerpo del SubAlfa, o al menos lo intenta, porque es demasiado grande para abarcarlo entre sus brazos—. ¿Vienes a la noche de billar? Los chicos van a hacer una... un... ¿cómo se dice? ¿Competición? —le pregunta entonces a Ian.

—Sí, ¿por qué no? —responde él antes de encogerse de hombros. Se inclina para darle una suave y rápida caricia mejilla contra mejilla y le dice —: Oye, Hush y yo vamos a mi despacho. Si alguno de los Machos nos necesita, dile que estamos allí. María se queda con los labios entreabiertos y en silencio, pero termina por asentir y bajar los brazos de alrededor de Ian. Lleva suficiente tiempo entre nosotros para saber que no puede hacer nada por evitar que la excluyamos de las «Cosas de la Manada». Ian me hace una breve y apenas perceptible señal con la cabeza para que le acompañe y me levanto de mi taburete, llevándome conmigo mi vaso de whisky. Él se mueve hacia el final de la barra y sale en dirección al pasillo más oscuro, donde no hay tanta decoración en las paredes y se apilan las mercancías a falta de un lugar mejor para dejarlas. A un lado, casi escondido tras una columna de cajas de cerveza, hay una puerta que abre para mí.

El despacho de Ian no es gran cosa, solo un cuartucho en la parte trasera del bar que apesta bastante al SubAlfa. Tiene un escritorio, un par de sillas, un pequeño sofá y una planta que no se acuerda de regar muy a menudo. Hay un ventanuco en lo alto, pero el cristal está tan sucio que apenas entra luz natural, así que siempre termina encendiendo la luz blanca y pálida que cuelga del techo.

—Se está empezando a meter mucho en mis cosas, María, digo —murmura tras cerrar la puerta a sus espaldas, ahora que estábamos en la intimidad y nadie podía oírnos—. Siempre está alrededor...

Dejo el vaso de whisky en el escritorio y me siento en una de las sillas de plástico que hay en frente. Tranquilamente, respondo:

—No puedes traerte a tu humana aquí para follártela cuando te aburras y después quejarte de que se meta demasiado «en tus cosas» o esté «siempre alrededor».

—No la traje por eso —se defiende él, caminando hacia el destartado sillón al otro lado de la mesa para dejarse caer con un golpe seco que lo hace chirriar. Va a continuar con sus gilipolleces, pero, al mirar mi rostro serio y la leve señal que le hago en dirección al sofá, el cual todavía apesta a sudor y sexo reciente, añade—: Bueno, follamos un poco de vez en cuando, pero *no* la traje por eso —insiste—. La despidieron de su antiguo trabajo porque olía demasiado a mí y me sentí un poco mal por ello. María vive con su abuela y su madre, necesitan el dinero.

—Ya —murmuro antes de darle un sorbo al whisky—. Y de todos los negocios de la Manada en los que la podrías haber metido, elegiste tu bar...

—Si la hubiera metido en cualquier otro lugar, tendría que haber pedido permiso a Nick, y María no es tan... importante.

Me limito a asentir, porque no es de mi incumbencia meterme entre Ian y sus humanos.

—Entonces, ¿por qué todavía no eres SubAlfa? —me pregunta, cruzando sus grandes brazos sobre el pecho.

—Me dijo que teme que no cuide a los Machos a mis órdenes, que no les voy a dar apoyo o que tengan miedo de hablar conmigo —le explico, como había hecho con Zack—. Cree que los voy a tratar como a los lobatos.

—Oh... —murmura él, frunciendo más el ceño—. La verdad es que eres un poco duro con ellos —reconoce con un leve cabeceo.

—Son lobatos —digo, usando un tono más alto del habitual en mí—. Tú también les tratabas así cuando eras el Alfa. ¿O te has olvidado de todas esas peleas que tenías?

—No, no me he olvidado —responde, alzando las manos para pedirme que me calmara—, pero entiendo por qué Nick está preocupado. A veces eres... muy frío, Hush. No tratas de socializar con los demás y, cuando lo haces, das respuestas cortantes, haces bromas que rozan el insulto y no pareces interesado en nada de lo que te digan.

—La verdad es que no estoy nada interesado en lo que me dices ahora mismo. Ian ladea la cabeza y se queda mirándome por el borde superior de los ojos con una expresión de labios apretados.

—Imagínate que te dan Tacoma —me dice—. Que tienes a más de veinte chicos a tus órdenes y que ninguno de ellos se atreve a hablar contigo, o, peor, que tengan miedo de hacerlo. Entonces irían a hablar con otro Macho y, en ese caso, ¿para qué cojones estás tu allí?

—No me van a dar Tacoma —respondo, evitando tener que responder a aquella pregunta—. Al parecer, Nick quiere ponerme al mando de un grupo especial.

—¿Un grupo especial? —pregunta Ian, sorprendido de aquello—. ¿Para qué? Esa es una buena pregunta para la que no tengo respuesta. Zack había hablado de los problemas que podría haber en los Distritos con el tiempo, pero no me había explicado por qué eso me concernía.

—¿Has visitado el Club Eclipse?

—Joder, Hush, sabes que me pone de los nervios que cambies así de tema.

—He oído que tienen un sótano —continuo—, bajan allí con los humanos.

—Oh, ¿en serio? —Ian se deja arrastrar por la conversación con tanta facilidad que muchas veces resultaba hasta cómico, distrayéndose de su propio enfado. Alza la cabeza y me mira por el borde inferior de los ojos—. ¿Cómo una especie de mazmorra o algo así?

—No lo sé, por eso te pregunto si has ido.

—No, no he ido —responde—. Me gusta mucho el Luna Llena.

Asiento lentamente y bebo otro trago de whisky sin apartar la mirada del SubAlfa. El Luna Llena ya no es el antro al que los Machos iban antes. Como muchas otras cosas, Nick lo había cambiado y actualizado para adaptarlo a las nuevas necesidades de la Manada. Ahora es una enorme discoteca en el centro, mucho más moderna, con una gigantesca pista de baile, tres barras con todo tipo de bebidas y dos plantas: reservando la superior para todos los sillones que necesitaban los numerosos Machos solteros que querían ir allí cada viernes noche. Lo único que era igual, es el sucio callejón a un lado.

—¿Sabes qué? —me dice Ian, descruzando los brazos para inclinarse hacia delante—. Mañana pides una audiencia con el Alfa, le explicas que no eres el Macho que él cree y, cuando al fin te haga SubAlfa de forma oficial, tú y yo nos vamos al Eclipse a ver ese «sótano». —Entonces el SubAlfa se ríe sin motivo aparente y llena el despacho con su risa grave y profunda—. Me da pena el primer humano que se cruce en tu camino, va a salir de allí con corrida hasta las orejas. Pfff... —suspira y niega con la cabeza—. ¿Te conté lo que me pasó mi primera vez?

—Todos saben esa historia, Ian.

—Sí... —Ian sonríe, pero a la vez se siente culpable y un poco triste al recordarlo—. Dorian ya me había dicho que tuviera cuidado, que con la polla tan grande no puedes simplemente meterla sin más, pero en ese momento estaba tan cachondo y emocionado que se me fue de las manos. Le di la vuelta a ese chico y se la clave todo lo que pude. El pobre empezó a sangrar y a gritar, allí, en mitad del callejón. Fue un horror... después se lo llevaron en ambulancia y tuvieron que darle puntos en el ano y pasarse meses sin poder sentarse.

—Si tan mal te sientes, ¿por qué tienes la demanda de su abogado enmarcada en la pared? —pregunto, señalando el cuadro sobre el sofá.

—Porque pone que «le rompí el culo» —responde, como si fuera algo obvio—. ¿Cómo no voy a enmarcar eso? —sonríe.

Sonríe un poco y niego con la cabeza antes de terminarme la copa de whisky. Sin más, me levanto y le digo:

—Voy a ir a comer algo.

—Haz lo que te digo, Hush. No pierdas más el tiempo con los lobatos solo por orgullo.

Le dedico una mirada rápida, pero no respondo, continúo hacia la puerta y voy. Cuando recojo mi cazadora y el casco de la moto de la barra del bar, María me dice:

— ¿Quieres otra copa, Hush?

—No, gracias —respondo sin si quiera mirarla.

María pone una mueca de tristeza, creyendo que me cae mal o algo así, pero la verdad es que no es nada personal. Aunque se hubiera pasado el último Celo con el SubAlfa y oliera bastante a Ian, no es una compañera y no vive en su Guarida, solo es una humana, una no especialmente interesante con la que charlar, así que no tengo por qué molestarme en ser educado con ella.

Salgo del local y respiro el aire nocturno, húmedo y fresco comparado con el ambiente cargado del bar. Me pongo la cazadora sobre la camisa y el casco en la cabeza antes de dirigirme a mi moto.

Tengo muchas cosas en las que pensar y quiero estar solo.

HUSH: EL MACHO ADULTO

El Luna Nueva sigue siendo el mismo antro en las afueras de la ciudad y, por lo que sé, no ha cambiado demasiado en los últimos veinte años. La nave industrial es suficiente grande para albergar a todos los lobatos y está lo suficiente apartada para que hagan todo lo que quieran sin causar «demasiados problemas». Así que no había habido necesidad alguna de cambiar lo que, aparentemente, seguía funcionando.

— ¿Qué cojones te pasa, Hush?, ¿a qué estás esperando? — me pregunta Kiro, lo suficiente alto para hacerse oír con el estruendo de la música.

Bajo la mirada desde el enorme portón de la nave hacia sus ojos, ovalados y de un brillante caoba. Tiene la cabeza apoyada en mi pierna mientras fuma su quinto pitillo de la noche y se rasca la entrepierna bajo el pantalón.

— A Nick — respondo.

— Joder, ¿para qué coño quieres que venga Nick? — quiere saber Tilo.

El lobato está recostado contra mí, con su cabeza en mi hombro y la mano en mi muslo mientras observa una pelea que se ha desatado en la pista de baile. Levanto mi mano apoyada a lo largo del sofá y tiro de su pelo rizo y cobrizo hasta que abre la boca y se queja; entonces paro y le suelto.

— No es asunto vuestro — les recuerdo a ambos.

Tilo gruñe un poco, pero no se atreve a rebatirme, Kiro, por el contrario, pasa de todo y sigue fumando calmadamente y rascándose. Cuando Ronal aparece con nuevas bebidas, las reparte y se hace un hueco entre nosotros para pegarse, acariciando distraídamente el pecho al descubierto de Kiro.

— ¿Quién creéis que va a ganar? — pregunta, haciendo una señal hacia la pelea.

— Paul — responde Tilo sin dudar.

— Yo creo que ganará Suli.

— ¿Nos apostamos algo?

Dejo de escucharlos en ese punto, bebiendo mi whisky con hielo servido en un vaso de plástico. Ya hace tiempo que he perdido el interés en todo aquello: las apuestas, los robos, la rebeldía, la lucha e incluso en las sesiones grupales de masturbación. Antes disfrutaba mucho, pero ahora siento que el momento del cambio ha llegado, que es hora de entrar en el mundo de los adultos. Por eso no paro de mirar la enorme puerta de metal, a la espera de que de un momento a otro, Nick la cruce.

Tarda veinte minutos más, cuando la pelea ya casi ha terminado junto con mi cuarta copa de la noche. Entonces el portón se desliza con un rugido que compete con los gritos, gruñidos y el retumbante ruido de la música a todo volumen. Las luces centelleantes y los láseres resaltan su figura, pero, por desgracia, no viene solo. Chasqueo la lengua y suelto un leve suspiro. Chad está con él.

No soy el único que se da cuenta, ya que Kiro se incorpora y gruñe con profundo placer y excitación. Al igual que Tilo y, probablemente, más de la mitad de los lobatos de la Manada. Cientos de ojos excitados y atentos a cada paso que da el humano junto al Alfa, a la forma en la que se le ciñe la camiseta a su cuerpo musculoso, a su rostro atractivo y masculino de barba espesa y gafas finas, a esos pantalones de chándal que remarca un culo hecho para morder y apretar hasta

quedarte sin aliento. No es la clase de humano que me gusta, pero debía reconocer que incluso yo me había tocado un par de veces pensando en él; sobre todo cuando aparecía con aquel bañador corto en los largos veranos en el campamento.

Hago una señal a los chicos y les ordeno que se vayan del sofá, dejándome a solas antes de que el Alfa y su compañero lleguen. Ellos se quejan, pero obedecen sin que me vea obligado a repetirlo. Entonces me levanto y espero de brazos cruzados, mirando a un Nick calmado, con su camiseta de *Guns N'Roses* y su brazo alrededor de la cadera de Chad, caminando tan solo un poco por detrás del humano.

–Nick –le saludo primero, agachando la cabeza con respeto antes de volverme hacia su compañero–. Chad.

–Hola, Hush –responde él con ese acento franco-canadiense tan característico suyo.

–¿Nos estabas esperando? –pregunta Nick, sentándose de un golpe seco en el sofá antes de ofrecerle a Chad que haga lo mismo.

–Te estaba esperando a ti –respondo, tomando asiento en el lado contrario del sillón, lo más lejos posible de la pareja.

–Chad está de descanso y nos apetecía bailar un poco –responde Nick mientras se saca la cajetilla de tabaco del bolsillo de sus vaqueros rotos, coje uno de los pitillos largos entre los labios y lo enciende con su *zippo* negro.

–No te importa, ¿verdad, Hush? –añade Chad con una ligera sonrisa.

Le miro a los ojos azules y tardo un momento en responder con un tono firme:

–No, claro que no.

De haber sido el compañero de cualquier otro Macho que no fuera el Alfa, le hubiera dicho la verdad: Sí, sí que me importaba, porque después de bailar y exhibirse delante de todos, se iban a ir a follar a algún puto rincón del local, regresando con su peste a sexo y sudor. Mis lobatos se iban a poner como perros hambrientos y el que tendría que calmarles sería yo...

–¿Querías hablar de algo? –pregunta Nick, echando una columna de humo al techo mientras rodea los hombros de su compañero y le acaricia distraídamente el pectoral hinchado y firme.

–Quería hablar contigo sobre mi futuro en la Manada, pero estos dos días no pude encontrarte en el despacho.

–Estaba con Zack y Tiger resolviendo un problema en el puerto y, como te he dicho, Chad está de descanso –sonríe.

Chad es bombero forestal, por si acaso su atractivo no es suficiente, también tiene ese plus erótico añadido. Aun así, la realidad es un poco menos divertida, porque el compañero del Alfa se tiene que pasar de tres a cuatro días ininterrumpidos en su puesto de montaña, seguidos de un periodo «de descanso»: es entonces cuando Nick es más difícil de contactar, porque se está hinchando a follar como un puto cerdo.

–Lo sé, puedo olerlo –le aseguro, ya que él ha sido el primero en dejarlo caer, así que hacer hincapié en su peste a sexo no es ofensivo hacia su compañero.

—Sí... —gruñe Nick, acercando su rostro al de Chad para darle un mordisco juguetón en la mejilla. Él se aparta un poco, pero sonrío y le devuelve un beso suave y húmedo que provoca un gruñido más denso y profundo en el Alfa.

—El caso es que quiero una oportunidad —continuo antes de que Nick pierda la concentración, algo que suele pasarle a menudo cuando Chad está cerca—, es el momento de demostrar lo que puedo hacer.

Nick me mira, le da una calada a su pitillo y, tras un par de segundos, me pregunta:

—¿Y lo que hablamos?

—A los lobatos hay que tratarlos con mano dura, pero eso no significa que vaya a hacer lo mismo con los Machos a mis órdenes.

El Alfa mantiene su mirada fija de ojos amarillentos sobre mí, sin interrumpir las caricias que le da a un Chad distante que simplemente se esfuerza en ignorar la conversación como si no estuviera allí.

—De acuerdo, Hush —dice al fin—. Te pondré a prueba y, si me demuestras que mis temores son injustificados, te haré Cuarto SubAlfa.

Siento un agradable calor en el pecho, una sensación de victoria y placer que me hace sonreír un poco. Asiento con la cabeza y el Alfa me responde de la misma forma, cerrando el trato.

—Le mandaré un mensaje a Maggie para que te busque una habitación en el Refugio. Te quedarás en la ciudad.

—Bien —respondo, aunque no lo digo muy alto y no estoy seguro de que haya podido oírme por encima de la música—. Entonces me voy ya —añado en un tono más alto mientras me levanto del sofá.

Nick no dice nada y Chad se despide con un educado «un placer volver a verte, Hush», a lo que respondo otro educado: «Igualmente, Chad». Con una media sonrisa en los labios, la cabeza bien alta y el pecho hinchado de orgullo, me voy del Luna Nueva para, con suerte, no tener que volver jamás. Al salir, la noche me parece más viva, como si las estrellas del cielo fueran más brillantes y el olor a humedad que arrastra el viento fuera más intenso y dulce. Me detengo a dar una buena bocanada y, junto con un suspiro, saco las llaves del viejo Toyota gris. Cuando tuviera dinero, lo primero que haría sería comprarme una moto deportiva, pero hasta entonces me veo obligado a seguir usando esa mierda de coche para regresar al Refugio.

Allí, no me detengo hasta encontrar a Maggie, la compañera de Luka, que a esa hora ya está organizando todo lo necesario para la comida. Cuando me mira, levanta su cabeza de pelo rubio y rizado y alza las manos con una amplia sonrisa.

—Enhorabuena, Hush —me felicita con su vocecilla de dibujo animado.

Sonrío un poco más e hincho el pecho de puro orgullo.

—Gracias. ¿Ya tienes mi habitación?

—Sí. Bueno, no —se corrige, frotando las manos sobre su delantal de flores y mariposas—. Hay una habitación libre en el quinto piso, la de Jonah, pero todavía no me ha dado tiempo a limpiarla.

—No te preocupes, yo lo haré —respondo.

—Oh, eso sería maravilloso —afirma, moviéndose con sus pequeños zapatos de tacón hacia el cuadro de la pared en la que están todas las llaves del edificio. Entre

ellas, las de las habitaciones, al menos, las que no están ya ocupadas por Machos Solteros—. Hay sábanas, colchones y almohadas en el sótano —añade, guiñándome un ojo antes de arrojarme las llaves por encima de una de las mesas. Asiento y las pillo al vuelo con facilidad. Sin perder la sonrisa, las miro un momento y cierro el puño con fuerza. Al fin, una habitación para mi solo, con mi olor y mis cosas. Nadie puede detenerme en mi ascenso por las escaleras, aunque tampoco nadie lo intenta. Los Machos que me cruzo solo me dedican miradas extrañadas, quizá alguna ceja arqueada por mi presencia más allá del segundo piso; pero solo necesitan ver mi sonrisa emocionada para saber que el momento había llegado.

—¿Vienes al quinto piso, Hush? —me pregunta Tom, al que me encuentro tras salir de su habitación.

—Sí, a la que dejó Jonah —respondo, mostrándole las llaves en mi mano.

Él las mira y asiente antes de rascarse la espesa barba del mentón.

—Bienvenido, entonces —dice, guiñándome un ojo junto con una leve sonrisa—. Ya nos veremos en el Luna Llena.

Oír aquello, por estúpido que parezca, me hace sentir un cosquilleo en el estómago y una necesidad irrefrenable de sonreír más y más. Sabía que ascender al mundo de los adultos me iba a gustar, me había imaginado paseando por aquel pasillo como el nuevo sheriff del lugar; indiferente y altivo. Sin embargo, en aquel momento era incapaz de mantener la calma, apurando el paso para alcanzar la puerta de mi nueva habitación, con la respiración acelerada y la sonrisa más estúpida en la cara. Las llaves tiemblan un poco en mi mano cuando las meto en la cerradura, abriéndola con un leve «click» antes de desplazar la puerta y mirar el lugar.

Es un cuarto casi vacío, con una extraña mezcla de olor a cerrado, polvo y a Jonah. Solo hay una ventana con vistas a la calle principal, un colchón sin mantas y una triste mesilla de noche. A un lado de la entrada del pasillo hay un armario empotrado con tres colgadores de madera y, al otro, la puerta del baño. Solo eso. Es una mierda, sé que es una mierda y, aun así, me parece el lugar más maravilloso del mundo.

Por supuesto, lo primero que hago es deshacerme del colchón, tirando de él hasta sacarlo fuera. Es lo que más huele a Jonah y mi instinto es claro: en *mi* habitación solo puede oler *a mí*. Nadie se sorprende al verme arrastrándolo por el pasillo y tirando de él por las escaleras abajo. Ern y Aaron incluso se ofrecen a ayudarme, llegando desde el salón al escuchar el ruido. Es extraño, pero casi puedo notar una diferencia palpable en el ambiente. Los Machos, que hasta ahora solo me habían ignorado o gruñido a forma de advertencia, parecen verme con unos ojos diferentes. Ahora no soy un lobato, ahora soy uno de ellos, así que me miran a los ojos y me ayudan.

No sé cómo eso me hace sentir. Extraño, supongo. Aún así, acepto la ayuda y juntos llevamos el colchón directo a la basura, volviendo al Refugio para coger uno de los nuevos apilados en el sótano. Ern lo carga conmigo, mientras Aaron lleva la almohada bajo un brazo y el paquete de sábanas bajo el otro. El Macho Común habla de la vez que él mismo tuvo que arrastrar el asqueroso colchón que Pit había dejado en la habitación, solo una cháchara sin importancia para

amenizar el viaje. Al alcanzar la puerta de mi habitación, ambos se detienen y se despiden, respetando el límite infranqueable que representaba mi cuarto. Con un último esfuerzo, meto el colchón, le quito el plástico protector y lo dejo sobre el soporte. Entonces cierro la puerta y me desnudo apresuradamente para tirarme sobre él, dejando tanto de mi olor cómo es posible. Hago lo mismo con la almohada y las mantas, frotándolas por las axilas y la entrepierna. No es bonito de contar, pero sí efectivo; al terminar, puedo percibir mi aroma en el aire con mayor intensidad. En un par de días y con mis cosas allí, la habitación apestaría a puro Hush.

Luka es serio y silencioso. Conduce la camioneta mientras escucha las noticias nocturnas en la radio, con la mirada perdida en la carretera y un pitillo encendido en la mano que saca por fuera de la ventanilla, aunque cayera una fina lluvia que le empapara la cazadora militar.

La razón por la que estoy en su camión de repartos, surcando la ciudad de punta a punta, no la entiendo. Zack me había hecho llamar a primera hora de aquel primer día como Macho oficial de la Manada, con un café en la mano y un pitillo en los labios me había dicho:

— Vas a ir con Luka.

— ¿Por qué?

— Porque lo dice el Alfa.

— ¿Y no puede decírmelo él mismo?

— Podría, pero dudo que quiera apartar la cara del culo de Chad, así que tampoco entenderías mucho de lo que dice.

Quizá fuera solo coincidencia, el hecho de que su compañero hubiera vuelto justo en aquel momento, pero no pude evitar sentir un poco de preocupación. ¿Hasta qué punto estaba realmente ocupado Nick? ¿Tanto como para no atender en persona a sus SubAlfas?

— ¿Es normal que Nick pierda así la cabeza con Chad? —le pregunto a Luka, rompiendo un silencio que ha durado más de veinte minutos.

El Primer Macho Común asiente sin más, siendo, como es él, un hombre de pocas palabras. Resoplo y niego con la cabeza, fumando una calada del pitillo con regusto a vainilla antes de echar el humo en dirección a la ventanilla entreabierta. Ya es tarde y son pocos los humanos que caminen por la penumbra de la ciudad un miércoles por la noche. Los únicos negocios que quedan abiertos son locales de comida o tiendas veinticuatro horas, anunciadas con letreros brillantes y chillones colores neón.

— ¿Tú crees que intimidado demasiado? —le pregunto.

Luka mueve el rostro para dedicarme una mirada por el borde de sus ojos de un azul pálido. Entonces sonrío un poco y bufa por la nariz, como si aquello le hubiera hecho gracia. Sin decir nada, vuelve a mirar al frente y niega con la cabeza.

— Yo tampoco lo creo —reconozco—. ¿Sabes lo que creo? Que están demasiado acostumbrados a Machos como Ian, Walt o Milo, que son todo sonrisas y bromas. Cuando me miran a mí piensan que, como no soy así, debo ser un mal líder; pero

Husky tampoco es que sea el más alegre de la Manada, y aún así le respetan y nunca se quejan. —Fumo otra calada y niego, perdido en mis propios pensamientos—: Nunca me he peleado con nadie que no quisiera pelear —continúo—. ¿Qué esperan que haga? ¿Quedarme quieto y callado mientras me tocan los cojones? Son ellos los que me buscan a mí, no al revés. No tienen motivos para creer que me vaya a enfadar o les vaya a tratar mal si se dirigen a mí con respeto.

Miro a Luka mientras hablo, el cual sigue conduciendo con calma hasta que se detiene en un semáforo en rojo y me mira de vuelta. Hay algo especial en su silenciosa y calmada personalidad, una especie de sensación agradable de saber que te escuchan. Siempre ha sido así con él, incluso cuando yo todavía era un lobato.

—Esta tarde, cuando me crucé con Zain, Ron y Pet en las cocinas, me saludaron con respeto, pero pude ver el temor en sus ojos —le confieso—. Sobre todo en los de Ron, como si creyera que ahora que tengo poder me voy a vengar de él. No te voy a mentir, Luka, el cabrón se lo merece... pero no lo haré. Al contrario que él, yo no soy un gilipollas con la polla pequeña que necesita sentirse superior a los demás.

—Ron es gilipollas —afirma Luka en voz baja, girando el rostro en dirección a la carretera cuando el semáforo se pone en verde.

—Gracias —respondo, agradecido de no ser el único que lo piensa.

Tras un par de minutos, Luka frena lo suficiente para tomar el giro hacia el aparcamiento de la Madriguera del Distrito Media Luna. Se trata de un antiguo supermercado de dos plantas reconvertido en algo similar a un hostel con pensión completa. Dejamos el furgón a un lado de la entrada, entre los numerosos todoterrenos. De las amplias cristaleras sale una luz amarillenta que ilumina la oscuridad de la noche, pero no se puede ver nada a través de la lámina granulada y traslúcida que los cubre.

Luka apaga la radio y, con tan solo un gesto rápido de la cabeza, me pide que le acompañe al exterior. Cuando salgo y me reúno con él en la parte trasera, tiene el cigarro casi terminado en los labios y los ojos entrecerrados para que el humo azulado no le haga daño. Abre el maletero y empieza a descargar caja tras caja, apilándolas sobre el cemento grisáceo. No le ayudo, porque sé que no le gusta que lo hagan, así que me quedo de brazos cruzados, mirándole tranquilamente mientras me termino mi pitillo. Solo cuando me hace una señal, tiro la colilla a un lado y me agacho para recoger dos de las cajas y acompañarle al interior.

Al cruzar la puerta automática de la tienda, percibo al instante aquel olor fuerte y familiar, tan característico de la Manada. Luka va delante, cargando sus propias cajas bajo los brazos y sin apartar la vista del frente mientras camina directo a la enorme sala común que ocupa casi la mitad de la planta baja del local.

Allí hay numerosos sofás y asientos sobre un suelo repleto de alfombras de todas clases y formas, creando un intrincado mosaico de colores y texturas. En una esquina, al final del espacio y encajado en un pequeño rectángulo entre la columna y la pared, hay una cocina muy similar a la de la Madriguera del Refugio; dos enormes neveras, cafeteras, microondas, fregadero e incluso lavaplatos. Por las paredes hay colgadas numerosas fotos que se han ido

acumulando con los años, incluidas algunas donde se veía a un joven Zack junto con Tim, el antiguo Primer Beta. De aquel tiempo en el que la Madriguera de Tacoma era solo un espacio de organización que seguía pareciendo más un supermercado que un hogar.

—Ey, Luka —le llama una voz en la distancia—. ¿Has traído la cerveza que te pedí?

Giro la cabeza hacia un grupo de Machos que, hasta entonces, se habían esforzado mucho en fingir que nos ignoraban por completo mientras jugaban a la videoconsola y se rascaban los huevos tirados en sus sofás. No eran los únicos que estaban allí, atentos, lanzándonos miradas a escondidas, pasando el tiempo o comiendo. Puedo percibir la tensión en el aire, la incomodidad en sus posturas y el leve aroma a preocupación que despiden.

Luka asiente como toda respuesta y sigue adelante. Todos saben que no es un hombre de muchas palabras y no se molestan en tratar de sacarle más conversación o en interrumpir su trabajo. Aún así, no se toman su silencio como algo malo, no como el mío, al menos, al que dedican una mirada rápida antes de volverse. Creo que es por culpa de mi expresión indiferente de ojos caídos, que da una impresión equivocada cuando lo único que pasa es que no tengo nada que decir.

Cuando alcanzamos la cocina, Christina está allí junto con otros dos compañeros. Los tres nos saludan, pero es ella quien nos recibe con una sonrisa y nos dice:

—Buenas noches, chicos. Dejad las cajas a un lado, ya nos encargamos nosotros de organizarlas. No os preocupéis.

Por «nosotros», se refiere a ella sola. Aun en su séptimo mes de embarazo de la que ya sería su cuarta Cría, Christina seguía insistiendo en hacer las cosas por sí misma; sin importar lo mucho que Will el Bigotes se enfadara por ello. Luka se niega, por supuesto, empezando a abrir las cajas para sacar la comida, bebida y multitud de productos del hogar que le han pedido.

—No, Luka, no hace fal... —insiste, pero el Macho la detiene con un gesto de la mano y sigue a lo suyo. Su compañera, Maggie, también es la encargada del Refugio principal, como Chris lo es de la Madriguera, y él sabe que toda ayuda es bienvenida, por pequeña que fuera.

Aún así, Christina pone una mueca de incomodidad, pero dura poco antes de mirarme y forzar una sonrisa.

—¿Qué tal, Hush? —me pregunta—. ¿Esta noche te has unido a Luka?

—El Alfa lo ha ordenado —asiento.

—Oh, eso está bien. Y... —se detiene, algo nerviosa por no saber qué decirme—. ¿Y qué tal lo llevas?

Esa es la clase de cháchara estúpida y sin sentido que evito habitualmente. Christina y yo no tenemos mucho, por no decir «absolutamente nada», en común. Es tan predecible y sin vida como su Macho, Will el Bigotes, quien tampoco me cae bien; pero, en un esfuerzo por demostrar que no soy la clase de persona que todos creen, respondo:

—De maravilla, ¿tú qué tal? —la intención está ahí, aunque no consigo que mi tono de voz suene emocionado o interesado.

—Bien, bien —responde ella, posando una mano sobre su vientre abultado—. Todo va bien hasta ahora.

—Mirad quién está aquí —nos interrumpe una voz grave.

Sé quien es antes de girar el rostro para mirarle. Milo, Segundo Beta de la Manada y al mando del Distrito. Baja sonriente de las escaleras y se acerca a nosotros para darme un leve apretón en el hombro.

—Ya me han contado la gran noticia, Hush —me dice—. ¿Has venido para que te enseñe el puesto?

Aprieto la mandíbula y trago saliva antes de responder:

—No, no por ahora.

—Oh... —Milo parece sorprendido, pero de verdad, no como si lo estuviera fingiendo por joderme un poco—. Vaya. Estaba seguro de que te pondrían al mando cuando te hicieran SubAlfa.

—Yo también —le aseguro.

—Quizá más adelante —me dice, rodeándome los hombros con el brazo y apretándome contra él—. Todavía eres joven, tienes un montón de cosas de las que disfrutar antes de perder el tiempo aquí.

No digo nada. Me limito a dejarme zarandear un poco mientras Milo habla con Luka y, después, con Christina. Al Segundo Beta le resulta muy sencillo conectar con la gente, hacerse querer y respetar. Lo había aprendido todo de su antecesor; Tim, antes de que dejara el Distrito en sus manos para ocupar su lugar entre los Machos retirados.

—¿Puedo hablar contigo, Milo? —le pregunto entonces.

El Beta gira el rostro y arquea las cejas, un tanto sorprendido de aquello, pero no duda en asentir e indicarme el camino hacia las escaleras. Allí, en las paredes, hay más fotos de la Manada, pero no de *toda* la Manada; sino solo de los Media Luna. Milo gira hacia la derecha en el piso superior y abre la puerta de su despacho, ofreciéndome entrar con una sonrisa.

—Bueno, dime, Hush, ¿de qué querías hablar? —me pregunta.

—¿Has ido al Club Eclipse?

Milo se queda un momento en blanco y después se ríe, caminando hacia el sillón tras el escritorio.

—No, no he ido, y, la verdad, no creo que vaya. Robert me da todo lo que necesito

—responde antes de guiñarme un ojo, como si fuera una advertencia escondida a forma de pequeña broma. Lo que me está diciendo en realidad es que no vuelva a asumir que se folla a otros humanos más que el que vive en su Guarida o, de lo contrario, se enfadará—. Pero algunos de mis chicos sí han ido y dicen que está bien. Aunque nada comparado con el Luna Llena. Ya estás impaciente por ir ¿eh?

—termina por preguntarme de una forma relajada y personal, aunque Milo y yo no tengamos ese tipo de amistad—. No me extraña, yo también lo estaba la primera vez. Tenía los huevos tan hinchados y la polla tan dura que creía que iba a necesitar a veinte humanos para bajarme el calentón. Si quieres mi consejo, Hush, ve directo al Luna Llena. Después —se encoge de hombros—, puedes ir al Eclipse si te aburres.

Asiento lentamente y meto las manos en los bolsillos de mi pantalón de pinza. Estoy impaciente por ir al Luna Llena y tengo los cojones a punto de reventar, es

cierto, pero esa no es la razón por la que le he preguntado a Milo sobre el Club Eclipse.

—¿Ha habido algún problema con tus chicos allí?

El Beta frunce ligeramente el ceño y apoya los brazos en el escritorio antes de inclinarse un poco.

—No, no que yo sepa —responde—. ¿Por qué? ¿Alguno de los Machos de la ciudad ha tenido problemas en el Eclipse?

—No, no que yo sepa —le digo—. Era solo eso. Gracias, Milo —me despido, girándome hacia la puerta.

—Hush —me llama antes de que alcance el pomo—. Si pasa algo, no dudes en llamarme.

Tardo un par de segundos en decir:

—Claro... —y me voy.

Cuando bajo las escaleras, Luka está allí esperando. Le hago una señal rápida para que nos vayamos y él asiente, siguiéndome hacia la salida. Apuro un poco el paso bajo la lluvia que ha empezado a caer, entrando en el camión de reparto para empezar a liarme un pitillo.

—Creo que los Machos estaban un poco nerviosos por si había venido a sustituir a Milo —le digo distraídamente a Luka mientras arranca el motor—. Me lanzaban miradas a escondidas y empezaron a murmurar cuando subí las escaleras. ¿Te diste cuenta?

Luka asiente y empieza a dar marcha atrás.

—Respetan mucho a Milo y su trabajo —dice—. Él lleva muchos años aquí.

—Sí. Y yo acabo de salir del Territorio Lobato...

Chasqueo la lengua y lamo el borde del papel para cerrar el cigarro y dejarlo en mis labios mientras voy en busca del *zippo*.

—Vaya mierda...

El resto de la ruta es larga y aburrida: de Tacoma a Bremerton, de allí del vuelta a la ciudad y, por último, North Rend. Luka es el encargado de llevar los pedidos que hacen desde las Madrigueras, normalmente comida y algunas tonterías. Puede que vivieran en otro lugar, pero las facturas las seguía pagando el Alfa.

Ya estoy cansado de estar sentado en el camión cuando al fin alcanzamos el motel de carretera donde viven los Machos del Distrito Luna Roja. Salgo tan rápido como puedo y me estiro, gruñendo un poco mientras siento un par de crujidos liberadores en la espalda.

—Joder... —murmuro por lo bajo.

Ayudo a Luka a cargar las cajas al interior, a la vieja cafetería de la planta baja donde esta Thomas, el compañero de Daniel y encargado de mantener el lugar. Nos recibe con sus cháchara incesante, hablando del tiempo, de lo bien que le venía la comida ahora que los chicos se pasaban más tiempo en la Madriguera, e incluso haciendo una broma un tanto desatinada sobre el papel higiénico.

—No sé si es que lo usan demasiado o se lo comen, ¡pero siempre tengo que pedir una caja nueva!

Como ninguno de los dos se ríe, Thomas agacha la cabeza y desiste en su intento de mantener una conversación. Finalmente, pide a Luka ayuda para arreglar una de las tuberías que está dando problemas; llegado ese punto, doy mi jornada por

terminada y me despido, diciendo que iría al bar. Como no tengo coche, tomo prestadas las llaves de uno de los todoterrenos de la Madriguera, un *Toyota* azul oscuro con un buen equipo de música.

—¡Atención! ¡Ha llegado vuestro nuevo SubAlfa! ¡Un aplauso para Hush, el Macho de Hielo!

Le hago el mismo corte de manga a Ian que la primera vez, ignorando los aplausos y gritos de sus chicos. El Segundo SubAlfa llena dos copas de whisky y me ofrece una antes de brindar con una gran sonrisa.

—¿Qué tal tu primer día, cachorrito?

—Que te jodan —murmuro antes de dar un trago—. Me han puesto a repartir cajas con Luka.

—¿Con Luka? —se sorprende él, retrocediendo con la cabeza y frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—No lo sé. Me lo dijo Zack, al parecer, Nick está muy ocupado como para explicarme las cosas.

—Ah... —Ian sonríe de una forma algo más lasciva y asiente repetidas veces—. Chad está de descanso...

—¿A ti te parece normal? —le pregunto con un tono serio.

—¿Lo de Chad? Sí —responde sin dudarlo, pero se inclina para poder decir en un tono más bajo e íntimo—. Sabes que yo tampoco le dejaría escapar si pudiera... —y sonríe como un gilipollas mientras gruñe con excitación.

Por supuesto, es algo breve y juguetón, nada serio, porque está hablando de un compañero y eso es terreno prohibido para un Macho adulto. Solo los Lobatos hablaban así y la única razón por la que Ian me lo confiesa es porque sabe que puede confiar en mí; por eso, y porque crecimos juntos y recuerdo perfectamente el culo de goma al que le había puesto su nombre.

—No finjas que tú no lo harías —me dice, recuperando su tono normal.

—Sí —reconozco—, pero ni tú ni yo somos el Alfa. Él no puede permitirse perder así la cabeza.

—Pfff —bufa Ian, poniendo los ojos en blanco como si acabara de decir una tontería—. Vamos, Hush. El pobre solo puede hacerlo cada cuatro días, tampoco es para tanto. Además, la Manada es demasiado grande y se lo puede permitir. Ya no es como antes, ahora estamos nosotros, los Líderes de Distrito: Tiger, Walt, Milo y yo, que resolvemos la mayoría de problemas. Si algo nos supera, llamamos a Zack, pero tiene que suceder algo muy, muy gordo para que llegue a oídos de Nick.

Mantengo su mirada en silencio mientras bebo otro trago de whisky.

—Nos lo hace a todos, Hush. No es nada personal —me asegura Ian, que me conoce demasiado bien para no ver a través del velo de indiferencia que es mi rostro.

—Ya... —murmuro, dejando la copa sobre la barra—. Me ha puesto con Luka a hacer repartos porque no es nada personal...

—No pienses en eso —trata de animarme, levantando una mano para apretarme el hombro—. Piensa en todos esos humanos que te están esperando en el Luna Llena.

Cojo una bocanada de aire y me paso la mano por el pelo. Podía sentirlo cerca, ese momento de liberación cuando tuviera a mi alcance a todo hombre y mujer que deseara. Trato de no pensar en ello, porque si lo hago, todavía es peor. Me pongo tan cachondo y me mojo tanto que es hasta vergonzoso. Los demás no dicen nada, por supuesto, todos han estado donde yo estoy ahora, pero eso no lo hace más soportable.

—Voy a necesitar a una puta docena... —le aseguro.

Ian se ríe y asiente.

—Lo sé, Hush. Puedo olerlo...

HUSH: EL NOVATO

Tras otro día repartiendo mierdas con Luka, al fin es viernes. Me levanto de la cama y me visto, sintiendo un latido rápido y profundo en mi pecho. Me obligo a tomar una profunda bocanada antes de salir de la habitación, necesito relajarme y tomármelo con calma. Iba a pasar sí o sí, solo tenía que esperar un poco más... El sol todavía está cayendo por el horizonte cuando bajo a la cocina para prepararme un café y fumarme mi pitillo. La cafetera automática ruje con un ronquido grave mientras abro el *zip* y enciendo el cigarro. Mi móvil empieza a vibrar en los pantalones y echo una rápida ojeada. El subnormal de Ian no para de mandarme mensajes repletos de emoticonos: berenjenas, plátanos, lenguas, salpicaduras y esos melocotones que parecen culos. Sonrío, pero no le doy el placer de reconocerlo y solo contesto con un simple: «madura».

Cuando el café está listo, me muevo a la nevera y cojo la leche fría para verterla en la taza, templando la bebida lo suficiente para que no tenga que esperar para beber. Entonces un sonido a mis espaldas me distrae, pesados pasos acompañados de un fuerte olor que no tardo ni un segundo en reconocer.

–Husky –le saludo con un cabeceo.

El Primer SubAlfa me mira con sus ojos amarillentos y responde de la misma forma, cargando su cubo de *tupper* hacia la mesa para dejarlo allí.

–Primera noche de Hush en el Luna Llena – me dice con su voz grave y lenta –
. Bien.

–Gracias –respondo, aunque solo lo hago porque no sé qué más decirle.

Él y yo no tenemos mucho contacto, no desde que me convertí en lobato. Después de todo, Husky pertenece a otra generación y no se trata mucho con los jóvenes y, aunque lo hiciera, es... un Macho especial. Digamos que no es la clase de persona capaz de mantener una conversación más allá de cuatro temas básicos: comida, bricolaje, plantas y Zack; su compañero. Así que elijo uno de esos temas para no mantener un silencio incómodo mientras me bebo el café.

–¿Te lo ha dicho Zack? Lo de hoy, digo.

–Sí.

Asiento lentamente y le doy una calada al pitillo.

–Zack cree que Hush va a tener a muchos humanos porque es muy guapo y viste como un cabrón muy sexy –me dice.

Arqueo una ceja y me quedo con los labios entreabiertos, sorprendido, sin duda, de oír aquello.

–¿Eso dijo? –se me escapa una leve sonrisa que trato de ocultar bebiendo café. Husky asiente con un cabeceo rápido y decidido.

–Y Zack aseguró a Husky que no lo decía solo porque Hush sea su cachorro.

–Amh... –murmuro mientras alzo la cabeza y hincho un poco el pecho con orgullo.

Sé que Zack jamás diría algo que no pensara realmente, lo que convierte sus halagos en algo especialmente valioso y significativo. Quiero sacar más información a Husky, quizá algo más detallado que me haga sentir incluso mejor, pero antes de que empiece a hablar, unos pasos y una charla baja nos

interrumpen desde el pasillo. Yone y Kov entran en la cocina y nos saludan a ambos, primero a Husky y después a mí.

—¿Son chuletas eso que traes en el *tupper*, Husky? —le pregunta Yone—. ¿Nos das un poco?

El SubAlfa gruñe a forma de advertencia y se acerca a su cubo de *tupper* como si estuviera dispuesto a defenderlo con uñas y dientes si fuera necesario. Es solo una broma sin malicia, por supuesto, nadie se atrevería a quitarle comida a Husky; ni siquiera los lobatos. Yone y Kov se ríen y van directos a prepararse un café, obligándome a apartarme un poco para dejarles espacio. Otros tres Machos no tardan en llegar poco después, repitiendo los saludos e incluso la pequeña broma sobre la comida, hasta que Husky recoge el cubo bajo el brazo y se marcha entre gruñidos.

—Husky se va —anuncia.

—Ojalá encuentre algún día a un humano que me cebe tanto como Zack ceba a Husky —dice Kov con una taza en la mano y la cadera apoyada en la encimera de la cocina.

—Eso va a ser difícil —responde Yone a su lado, llenando la sopera que usaba de tazón con cereales infantiles—. Y más con los humanos que eliges. Están tan delgados que deberías ser tú quien les da de comer.

—Oh... y les doy de comer, te lo aseguro...

Yone se ríe y coge el cartón de leche para bañar los cereales.

—¿Vas a esperar a esa humana, La Gritona? La semana pasada te juro que creo que oí a los perros del vecindario ladrando cuando empezó a chillar tan agudo.

—Sí, quizá, aunque depende de si aparece Marko. Quiero ir a su casa.

—Ey, Kov —le llama Gabi—. Si no vas a estar con La Gritona, avísame. He apostado con Paul que podría hacerla chillar tan alto que rompa los cristales —y se ríe.

Todos se ríen, todos menos yo, porque percibo la creciente excitación en el aire. Es un olor denso y cálido, salado, a sudor, entrepierna y líquido preseminal. Necesito salir de allí, porque se me pone tan dura debajo del pantalón que hasta me duele. Ninguno dice nada cuando me ven dar firmes pasos hacia el pasillo, pitillo en boca y con la taza de café en la mano, solo sonríen, quizá recordando vagamente su primera noche de Club y lo cachondos que estaban.

Aquello no es extraño para un viernes. Las cosas se calientan muy rápido, los Machos hablan de los humanos, anécdotas, se ríen y empiezan a alimentar ese ciclo de excitación que terminaría a altas horas de la mañana tras una noche de sexo y baile. Y a mí me encantaría participar, formar parte del grupo, pero la situación me supera. Por el momento, prefiero alejarme lo más posible de esa lujuria compartida.

Salgo a la calle, al frescor de la húmeda noche de lluvia. Tomo una buena bocanada y suelto el aire entre los labios, recolocándome como puedo la polla dentro del pantalón. Entonces oigo una leve carcajada y giro el rostro para ver a Urko, fumando con el hombro apoyado en la pared. El viento sopla en dirección contraria y no he podido olerle. Sé que me ha visto manoseándome, pero no me da ninguna vergüenza estar tan empalmado porque es algo totalmente natural.

—Tranquilo, Hush, ya falta poco —me dice.

—Lo sé —respondo sin más.

—¿Te has...? —no termina la pregunta, solo se lleva la mano a la entrepierna y finge que se masturba.

—No —niego en un tono algo más cortante—. Ya estoy cansado de hacerlo.

—Nunca viene mal si la cosa es urgente —me dice con calma, encogiéndose ligeramente de hombros antes de mirar al frente y fumar.

—Los Machos no lo hacen, se lo hacen.

Urko suelta el humo del tabaco de un golpe seco debido al golpe de risa, entonces se limpia los labios y me mira por el borde de los ojos. No es mucho más mayor que yo, quizá de la misma generación que Ian. Habíamos compartido la misma habitación hasta que le habían dado la suya propia, pero eso no significaba nada ahora, cuando ambos éramos adultos.

—Te voy a contar el secreto de los Machos, Hush —murmura en un tono más bajo—. Hacemos lo que queremos. —Se aparta de la pared y se acerca a mí hasta quedar casi pegado, una señal de intimidad y confianza. El Macho Común me está pidiendo sin palabras que le ofrezca una leve amistad, lo que yo acepto al pegar mi hombro un poco más contra el suyo—. Escucha —me dice, mirando al frente y dándole otra calada a su pitillo—, cuando eres un lobato piensas: «Oh, joder, cuando tenga humanos no voy a volver a tocarme en la puta vida», pero lo cierto es que te la sigues pelando igualmente. No —me detiene, consciente de que voy a decir algo—, no quiero decir que lo hagas tanto como antes, pero a veces estás cachondo y no tienes tiempo para ir a ver a tus humanos. O puede que sea viernes, la Manada esté excitada y quieres liberar un poco de tensión antes de ir al Luna Llena —me explica, señalando a nuestras espaldas con el dedo gordo.

—Los... —me detengo. No sé si estoy confuso o sorprendido, pero me cuesta preguntar—: ¿Los demás lo hacen?

—Todos lo hacemos, Hush —me asegura con una mirada firme de sus ojos negros.

Entreabro los labios, pero no sale ninguna palabra de entre ellos. Entonces escucho un bocinazo y un precioso todoterreno *Land Rover* se detiene frente a la entrada del Refugio. Ambos nos giramos para mirarlo y vemos a Ian bajando la ventanilla del copiloto con su enorme sonrisa.

—¡Vamos, Hush! —me dice—. ¡Es hora del Luna Llena!

Frunzo el ceño y doy un paso, pero me doy cuenta de que aún tengo la taza de café con leche en la mano y el pitillo apagado en la otra. No sé qué hacer con ellos hasta que Urko se ofrece a quedarse con la taza, deseándome una buena noche con una fina sonrisa. Le doy las gracias y me llevo el pitillo a los labios para encenderlo de nuevo.

—¿Qué cojones haces aquí? —le pregunto a Ian nada más abrir la puerta.

—He venido a recogerte —responde él sin preocuparse lo más mínimo de mi tono cortante y mi expresión seria—. Vamos, joder, ¡estoy impaciente!

Chasqueo la lengua y subo, cerrando la puerta de un leve portazo.

—Oh... —jadea él, moviendo la cadera y resoplando antes de agitar la cabeza, revolviendo su melena negra como el betún.

—Joder... —murmuro, apartando el rostro hacia un lado—. ¿En serio, Ian?

Él se ríe y pisa el acelerador. En su entrepierna hay un enorme bulto carnoso y grueso que tensa la tela del chándal, incluso más de lo habitual. Ha olido mi excitación y eso le ha puesto cachondo, y como él está tan cachondo, a mí se pone como un puto bloque de cemento en el pantalón.

–Disfrutar de la Manada es parte de la diversión, Hush –me asegura.

–Eso es fácil de decir cuando tienes a ocho putos humanos, Ian –respondo en un tono algo duro. La frustración me está empezando a afectar y la incómoda humedad viscosa que me empapa la entrepierna no hace nada por mejorarlo.

Ian me mira un momento por el borde de los ojos y frunce ligeramente el ceño. Aparta una mano del volante para ponerla en mi hombro y lo aprieta ligeramente.

–Relájate, Hush –me dice—. Déjate llevar... no luches contra ello. Esta noche es solo para divertirse.

Un gruñido grave me brota de lo profundo de la garganta.

–¿Tú te sigues tocando, Ian? –le pregunto.

–Claro –responde con total naturalidad—. Bueno, con María en el bar y Jonny en la gasolinera de al lado de la Madriguera, la verdad es que no tengo ningún problema en vaciarme los huevos cuando tengo un calentón; pero, sí, antes de eso puede que una noche tonta me lo hiciera en el despacho.

–No me lo habías dicho –digo, girando el rostro hacia él.

–Claro que no. Eras solo un lobato.

Me quedo callado, tratando de procesar aquel nuevo descubrimiento y empezando a entrever lo poco que realmente sé de la vida de Macho Adulto.

–Creía que solo los lobatos lo hacían –reconozco en voz más baja.

–Pff –bufa Ian, levantando su mano desde mi hombro a mi pelo para revolverlo un poco—. No seas gilipollas, Hush. ¿Te crees que todos los chicos tienen tiempo a visitar a sus humanos cada día? O, peor, que vayas a verles y resulta que no estén en casa... Oh, eso es una mierda, ya lo veras...

–Entonces, ¿miras porno como antes y ya está?

–No, no tienes por qué. Puedes tener un poco de *sexting*... –sonríe como un tonto y mueve las cejas arriba y abajo repetidas veces—. Los humanos te mandan fotos, vídeos, audios... ya sabes. Los míos lo hacen, ¿quieres verlos? –pregunta, dispuesto a ofrecerme el móvil sin dudar.

Tras solo dos segundos en silencio, respondo:

–Sí.

Ian se ríe y busca el móvil en su bolsillo para, sin apartar demasiado la vista de la carretera, desbloquear la pantalla y entrar en la galería de fotos. Cuando me lo da, está lleno de imágenes y vídeos de desnudos. Empiezo a respirar más lentamente, sintiendo un calor que me atraviesa el abdomen directo a mi entrepierna.

–Joder... –murmuro, deslizando el dedo hacia arriba para comprobar que aquello seguía y seguía.

–Yo no los borro, por eso tengo tantos –me explica—. Pero la mayoría son de humanos que ya no visito.

Pulso uno de los vídeos y entonces el todoterreno se llena de un gemido incesante, mezclado con jadeos y una respiración entrecortada mientras en la pantalla, una preciosa rubia se masturba con los dedos.

—Ojalá me lo comieras ahora mismo, Ian... —dice antes de apretar la cabeza contra la almohada y gemir más alto.

—Ah, Sophia, sí... —la reconoce el SubAlfa, pero pone una mueca de nariz arrugada—. Pasamos el Celo juntos y la visitaba a menudo, pero de un día para otro desapareció. Me jodió un poco, la verdad. Me montaba como una puta gata salvaje y me daba bastante comida.

Quiero preguntar qué significa eso de que «desapareció», pero ahora mismo mi mente está nublada y me cuesta pensar con racionalidad. Estoy empapado y el corazón me late deprisa mientras aquella preciosa mujer alcanza el orgasmo frente a la cámara de su móvil. Gime muy alto y, con una expresión inocente de niña buena, se lame los dedos empapados con los que se ha estado tocando. Se me escapa un jadeo y miro al techo, tragando saliva y cerrando los ojos.

—¿Te ha gustado, eh? —sonríe Ian.

Su cuerpo reacciona al mío, produciendo un abundante líquido preseminal que le moja el chándal gris con una mancha oscura y pegajosa; continuando con aquel bucle de excitación entre nosotros, que solo se hace más y más grande y fuerte por momentos.

—No eres el único, cuando se lo enseñé a los chicos, también se pusieron como perros hambrientos —me dice como si nada.

Al contrario que yo, él es capaz de filtrar todo lo que está pasando, el olor denso y toda aquella lujuria contenida. Tengo que abrir la ventanilla e inclinar la cabeza para tomar un poco de aire, sintiendo el frescor de la noche y la fina lluvia sobre mi piel empapada en sudor.

—Oye, Hush, ¿estás bien? —me pregunta con preocupación.

—No. Estoy a punto de correrme tan fuerte que voy a atravesar el parabrisas.

Ian se ríe, pero yo no estoy bromeando, no del todo.

—Vale, tranquilo, Hush —dice—. No eres el primero que se corre en los pantalones antes de que empiece la noche. A mí me pasó una vez —vuelve a reírse—. Milo estaba contando una historia de lo que uno de sus humanos le había hecho y me puse tan cachondo que me corrí solo con la fricción del chándal.

—¿Qué? —jadeo, mirándole como si no fuera él, sino un Ian diferente, un completo desconocido—. ¿Te corriste en los pantalones como un lobato?

—Sí —afirma, encogiéndose de hombros—. También era una de mis primeras veces, no tenía humanos todavía que follarme entre semana y la verdad es que Milo tiene un don para describir guarradas.

—¿Y nadie dijo nada? —insisto.

—Hush... —murmura, mirándome con una levísima sonrisa—. Es viernes y es el Luna Llena. Nada de lo que pase allí va a importar, a no ser que te pelees con algún Macho o dejes en evidencia a la Manada. Quedará como una anécdota tonta que quizá usen contra ti, pero solo en la intimidad. Hay cientos de ellas —me asegura mientras pone los ojos en blanco—. Tú no sabías nada porque, evidentemente, no es algo que se cuente a los putos lobatos. Los conoces, sabes lo que pasaría si lo supieran...

Tras un par de segundos, asiento lentamente. Si lo lobatos lo supieran, se convertirían en jodidos monstruos, incluso más de lo que ya eran, quiero decir. Lo que diferenciaba a los Machos era que, en teoría, tenían control de sus impulso, algo que, al parecer, no era del todo cierto.

—Llevo sin tocarme toda la puta semana creyendo que sería humillante —le confieso.

—¿Qué?! —Ian me mira muy sorprendido y entonces frunce el ceño al máximo, con la mala suerte de que casi se salta un semáforo en rojo y atropellamos a una pareja de humanos que cruzaba.

El hombre nos grita y nos hace un corte de manga, pero Ian solo tiene que sacar la cabeza para que le vea bien y gruñir hasta que se caga encima y sale a paso rápido con su mujer. Entonces vuelve a mirarme y niega.

—Hush, tienes que contarle esto a los chicos —me pide con tono serio—. Van a fliparlo en colores...

—Que te jodan —respondo, recostándome en el asiento, lo que hace el terrible bulto de mis pantalones machados todavía más evidente—. No me dijiste nada... Ian no responde a eso, solo sigue sonriendo y alarga la mano hacia la parte trasera de mi asiento, de donde saca una caja de madera. Me la entrega y le doy una vuelta antes de deslizar la tapa. Son puritos largos. Saco dos y le entrego uno antes de poner el mío en los labios y encenderlo con mi *zippo*.

—Te aconsejo que la semana que viene traigas un pantalón de repuesto —me dice.

No hablamos mucho más los siguientes cinco minutos que tardamos en llegar al edificio de parking donde habitualmente los Machos dejaban el coche. Pertenece a la Manada, así que hay una planta reservada y nadie hace preguntas. El Luna Llena está casi al lado, girando hacia una calle secundaria. Aun con lo que llueve y lo temprano que es, ya hay una cola de humanos siguiendo la alfombra roja que cubre el suelo. Pasamos por delante sin prestarles la más mínima atención y uno de los portero abre el cordón de seguridad, dedicándonos un saludo excesivamente remilgado.

Es mi primera vez en el local y estoy muy nervioso, fumando mi purito, tratando de fingir que es solo otra noche más de mi vida; una de tantas. Ian me da un golpe en la espalda y me rodea los hombros, no dice nada, solo me guía de una forma discreta hacia las escaleras en un extremo. El lugar es enorme, quizá el doble de grande que el Luna Nueva. La luz es suave y la música lo suficiente baja para poder mantener una conversación a un volumen normal. En la parte superior hay otro cordón de seguridad, pero todavía no hay portero alguno allí, ya que el Club todavía no ha abierto al público. Lo que llama mi atención, sin embargo, es la figura a tamaño real de un hombre lobo; al menos, lo que las películas de terror y el imaginario humano entendía por un licántropo. Cubierto de pelo, con dientes afilados y amenazantes, ojos rojos, largas garras acechantes y, lo más curioso, una enorme polla colgando.

—Ese es Pipo —me explica Ian—. A los humanos les encanta, siempre se sacan un montón de fotos con él.

Asiento, echando una última ojeada a la figura, casi tan grande como nosotros. A parte de aquello, el segundo piso es bastante normal, como el que podría

encontrarse en la parte VIP de cualquier discoteca o club de lujo. Está lleno de elegantes sillones de cuero negro en semicírculo, con sus propias mesas y sitio de sobra para más de ocho o nueve personas. La luz es más baja allí, de un color azulado y magenta, cubriendo el lugar de cierto misterio. También huele más fuerte, la familiar y tranquilizante peste de la Manada, pero mezclada con algo más, algo denso y penetrante. Procede de los sofás, de las paredes cubiertas con papel pintado fingiendo que es un bosque nocturno, incluso del suelo de moqueta negra... Es el olor acumulado tras cientos de noches, cientos de humanos excitados y cientos de lobos sedientos de sexo.

— Bienvenido al Luna Llena — susurra Ian en mi oído, apretándome un poco más contra él.

Me dejo guiar como un niño pequeño, demasiado aturdido como para pararme a pensar por mí mismo. El SubAlfa me lleva hacia casi el final de la sala, saludando por el camino a varios grupos de Machos repartidos por el lugar. No se detiene hasta alcanzar su propio sofá, un poco más grande que el resto, al igual que el mío, adyacente al suyo. Oigo que me dice algo y me sonrío, pero no consigo que las palabras atraviesen la densa bruma que me cubre la mente.

Nos sentamos y un grupo cercano de Machos se nos une. Reconozco sus rostros, la mayoría son chicos de Ian, aunque también hay algunos de la ciudad. Me saludan y sonrían. No hacen referencia alguna a lo empalmado que estoy o a mi pantalón manchado. Todos están visiblemente cachondos, apestando a sudor y líquido preseminal. Algunos incluso se manosean un poco, impacientes por que la noche empiece.

Solo puedo quedarme parado, recostado en el sillón, completamente rodeado por ellos. Hablan y beben un poco, me invitan a una copa y la acepto sin dudarlo. Se ríen. Tratan de incluirme en la conversación, pero no necesitan ni mirarme para saber que estoy a punto de explotar. No les importa. La conversación solo gira alrededor de un tema: sexo. Alb es el primero en sacar su móvil y enseñarnos el nuevo vídeo que uno de sus humanos le ha enviado. Todos lo miran, algunos con más interés que otros. Discuten sobre él y, al final, casi se convierte en una competición para ver quien tiene el vídeo más sórdido o quien la mejor anécdota. Ian y yo ya no somos los únicos con el pantalón empapado, ni de lejos. El SubAlfa tenía razón, allí, en el Luna Llena, parecía no importar en absoluto la pérdida de auto-control. No se llegan a comportar como lobatos, pero hay una clara dejadez. Cuando entiendo aquello, empiezo a relajarme, a realmente disfrutar esa excitación compartida. Jadeo y me humedezco los labios secos. Pierdo el control cuando Leopard describe con todo lujo de detalles como uno de sus humanos le estaba esperando en casa, totalmente desnudo, a cuatro patas en la cama y esposado al cabecero. Entonces aprieto los dientes y siento un calor que me invade el pecho antes de apretar los dientes y correrme debido a la fricción con el pantalón.

Todos se dan cuenta, por supuesto, pueden olerlo casi al instante. Y, de pronto, empiezan a aplaudir y a victorearme, como si lo estuvieran celebrando. Me dan apretones en los hombros, leves bofetadas en el rostro sudado y me revuelven el pelo. Yo solo puedo tratar de seguir respirando, acalorado y abrumado por todo

lo que estaba experimentando. Me he corrido, pero eso no va a conseguir bajarme el calentón. Todavía tengo mucho más de donde ha salido eso. Muchísimo más. Sin darme cuenta, llega el momento. Los chicos empiezan a marcharse a sus sofás e Ian llama mi atención para que haga lo mismo. Me guiña un ojo y dice algo, pero, una vez más, no consigo saber el qué. Me dirijo a mi sofá y me dejo caer, agitando la cabeza en un fútil intento por serenarme. Los humanos llegan, la música se hace más alta y las luces, más bajas. Recuesto la cabeza en el respaldo de mi sillón y cierro un momento los ojos, para cuando los abro, ya hay una cantidad significativa de personas allí. Una mujer se dirige directa hacia mí. Me mira de arriba abajo en la distancia y se muerde el labio inferior. Lleva un vestido muy corto de tubo y unos tacones muy largos de aguja.

Esa es la afortunada. No porque me guste especialmente, sino porque ha tenido la suerte de llegar la primera. Me levanto y la agarro de la muñeca, con una seña seca, le digo que vaya hacia los baños. Ella se sorprende, pero le dura poco. Sonríe y obedece. La sigo de cerca sin soltar su muñeca y nos metemos en los baños. Con la luz más brillante puedo distinguir las marcas de su cuello y en sus brazos. Sé que no es la primera vez que viene al Club, aunque se haya lavado y no huela especialmente a nada. No es que me importe, solo es algo que sé.

La meto en el primer cubículo y cierro la puerta a mis espaldas. Es demasiado temprano y todavía no hay nadie allí, solo nosotros dos. Miro sus ojos de un azul apagado y gruño un poco, tirando suave pero firmemente de ella para que se siente en el retrete. No me interesa su nombre, ni su trabajo, ni si ha venido sola o con un grupo de amigas. Solo me desabrocho el cinto, me bajo la bragueta y me saco la polla.

Ella jadea y la mira. Respira fuerte y a cada respiración se pone más y más cachonda. Puede que haya estado con algún Macho de la Manada, pero seguro que nunca ha estado con un SubAlfa. El olor la abruma, fuerte y penetrante. No solo porque yo apesto más que ningún otro Macho, sino que tengo la entrepierna manchada de corrida y tanto líquido preseminal que me gotea. Coloco la mano en el pelo de la mujer, pero no hago fuerza ni la obliga a acercarse, solo agarro su melena para señalarle que estoy más que preparado para que me la chupe.

Ella parpadea y, con un último jadeo, se acerca a la punta gruesa para lamerla. Entonces gime y tiembla un poco. Me agarra del pantalón y lo aprieta, lamiendo más y más hasta que el carmín de sus labios se emborriona y desaparece. Un gruñido grave me nace en el pecho y llega a mis labios, terminando por convertirse en un gemido grave y profundo cuando la humana se mete la punta en la boca. O, al menos, lo intenta. Ian no es el único con una polla por encima de la media, incluso para un Macho. Aun así, lo que hace es suficiente para desatar un repentino orgasmo. Me corro apretando los dientes y rugiendo de puro placer. La humana se atraganta y tiene que apartarse, es demasiado y sigue saliendo en chorros densos y fuertes. Le mancha el pelo, el escote y su vestido apretado y negro. Sigue sin importarme una mierda.

La agarro para levantarla, lo que no es difícil. La humana parece aturdida, tiene las pupilas algo dilatadas, el rostro colorado y jadea sin parar. Le doy la vuelta y, desde sus espaldas, meto una mano en su escote y bajo la otra hacia su entrepierna. Ella gime cuando le aprieto el pecho, bajándole el vestido, pero no

tanto como cuando le subo la falda y le froto el clítoris. Es entonces cuando empieza a temblar y apretar la cabeza contra mi hombro. Intenta alcanzarme con sus manos, pero no me gusta y la obligo a dejarlas contra la pared. Gruño para dejarle claro que no quiero que me toque, y mucho menos en la cabeza o el cuello. Cuando creo que lo entiende, me escupo en la mano y vuelva a frotarla contra su entrepierna.

Le hago unos dedos rápidos, pero no me paro demasiado, solo quiero asegurarme de que tenga el espacio suficiente. Entonces la inclina hacia delante, colocando su cabeza contra la pared negra del cubículo. Ella dice algo, creo que «Joder. Sí, joder», pero es apenas un gemido mezclado con jadeos y grititos. Termino por agarrarla de la melena, darle un buen cachete a su culo pálido y acercar mi polla hasta conseguir meterla. Todo se convierte en un festival de gritos, gemidos y el repetitivo sonido viscoso de mi cadera contra su culo mientras no paro de metérsela una y otra vez sin parar; ni en la tercera, ni en la cuarta, y, mucho menos, en la quinta corrida.

Cuando termino, soltando un gruñido liberador, levanto la cabeza y miro el techo de láminas negras. Estoy tan sudado que la barbilla me gotea y me pica en los ojos, pero me siento mejor que nunca. Entonces llega el incómodo calambre, como si los músculos de mi abdomen se contrajeran de forma repentina. Es un tanto incómodo yuerzo una mueca, pero dura poco, solo hasta que mi polla termina de hincharse como un globo en el interior de la humana. Ella está... aturdida, como mínimo. Sus piernas tiemblan tanto que, la única razón por la que no se desmorona sobre el suelo es porque yo la estoy agarrando. Con cuidado, la pego más contra la pared del cubículo, solo para poder tener las manos libres y frotarme el rostro y el pelo.

No digo nada en lo que dura la inflamación. Recupero el aliento, me relajo, disfruto de ese maravilloso momento de liberación y, pasados los primeros minutos, incluso me saco el tabaco del bolsillo y empiezo a liarme un pitillo. Allí mismo, con la polla hinchada todavía dentro de aquella mujer. Sonrío al darme cuenta. Sin duda es algo que le iba a contar a Ian. Para cuando al fin puedo moverme, me dejo el cigarro en los labios y la saco con cuidado. La humana no reacciona, con los ojos en blanco y los labios entreabiertos. Sé que no le he hecho daño, así que no me preocupo demasiado al subirle el vestido para cubrirle los pechos y bajárselo para cubrirle la entrepierna. Después la dejo sentada en el retrete, me meto la polla en los pantalones, me abrocho el cinturón y me voy.

Me cruzo con un Macho en la entrada, que lleva a otra humana al interior. Nos saludamos con una leve inclinación de cabeza y seguimos adelante. Saco el *zippo* y me enciendo el cigarro, regresando a la enorme sala, directo a mi sofá. Ya estoy muchísimo mejor que antes. Lo suficiente para que, a partir de ese momento, sea bastante más selectivo con los humanos que me follo. Sé como me gustan: atractivos, pero con una chispa, un algo que los haga diferentes. Puede ser cualquier cosa. La más tonta, con tal de que llame mi atención.

El siguiente humano que elijo es un hombre que ha tenido los cojones de aparecer en el Club con una camiseta de Los Vengadores y pantalón de chándal. Tiene buen cuerpo y sabe que es demasiado guapo, así que se cree que puede llevar lo que quiera porque va a conseguir un Macho sí o sí. Me gusta su confianza y me

gusta que se resista un poco cuando le llevo directo al callejón. Hace la victoria más gratificante cuando no puede resistirse a ponerse de rodillas y chupármela como un completo profesional. Al ser el segundo, me tomo más tiempo. Ya no estoy tan desesperado por meterla y correrme, lo que me permite disfrutar del momento, los olores y los sonidos. Hay algo sórdido y morboso en el callejón y no tardo en entender perfectamente por qué muchos prefieren ir allí en vez de a los baños.

Al terminar con el humano, durante la inflamación, mientras le tengo de cara, apretando sus piernas para mantenerle entre mi cuerpo y la pared de ladrillo, le pregunto su nombre. «Patrik», tartamudea un poco y jadea. Tenía mis dudas de si era su primera vez, pero ahora tengo bastante claro que está flipándolo en colores y que yo soy su primer Macho. Le digo mi nombre y se sorprende un poco, creyendo que es un poco raro. Me encojo de hombros con una expresión indiferente y, cuando termina la inflamación, le digo que puede volver la semana que viene. Si Patrik es listo, volverá, y entonces, tras un par de folladas, quizá visite su casa y le haga mi humano.

La noche es joven y me tomo un descanso. Me encuentro con Jack y Yone al final del callejón y me fumo un cigarro con ellos. Los tres apestamos a sexo y sudor, charlamos un poco de cómo va la noche, nada importante antes de terminar y volver al interior. Decido tomarme un breve descanso y bailar un poco, después busco a mi tercer humano, una muchacha de pelo corto y gafas metálicas. La encuentro pegada al pasamanos del segundo piso, con una minifalda y una blusa ajustada que no pega nada con su actitud tímida y nerviosa. Se asusta al verme acercarme, balbucea, cree que me molesta y trata de disculparse e irse, pero la detengo y la miro fijamente a los ojos azules. No para de hablar, dice que ha venido con sus amigas de la universidad, pero que es sitio es muy grande y no las encuentra. Me enseña los abrigos que tiene entre sus manos y dice que ella solo ha venido a ver. Por curiosidad...

Sonrío.

Nina jadea muy bajo y me aprieta los brazos con fuerza mientras sus piernas me rodean la cadera como dos pitones. Tiembla entre mis brazos y, cuando termino de correrme la tercera vez, las gafas casi se le han caído por el borde de la nariz. Está completamente colorada, tan aturdida como el resto. No se da cuenta cuando termina la inflamación y le levanto sin ningún problema para recolocarle la ropa. Me da las gracias, al menos, lo intenta. Sé que no va a llegar de vuelta al Club si no la ayudo, así que le rodeo la cadera y la acompaño.

—Si vuelves a venir, búscame —susurro en su oído, entregándole de vuelta el bulto de abrigos que he dejado en mi sofá—. Solo por curiosidad...

Me follo a otros dos humanos antes de que termine la noche, pero no son nada especial. Una chica que había conseguido llamar mi atención con su extraño acento alemán, pero que resultó toda una decepción. El sexo estuvo bien, pero resultó ser una estudiante de intercambio. Volvería a Europa terminado el curso, así que no habría posibilidad alguna de convertirla en mi humana. El último humano de la noche fue un hombre con monocromía en los ojos: uno azul y el otro de un marrón claro. Tenía un atractivo campestre, cuerpo grande, con la barba desaliñada y el pelo de un rubio apagado. Sonría mucho y eso me gustaba,

pero, por desgracia, el sexo fue poco menos que mediocre. Hacía algo raro, como mover la cadera y tratar de meter las manos por debajo de mi camisa casi con desesperación. Como si no se pudiera creer que estuviera follando conmigo y quisiera aprovechar hasta el último instante. Al final de la inflamación, solo le dije un breve «Hasta luego» y me fui con la esperanza de no tener que volver a verle.

Pasada ya las cinco de la madrugada, el Club cerró y empezó a echar a los humanos hasta que no quedó nadie en la parte alta. Momento en el que los Machos nos volvimos a juntar, cansados y complacidos tras una noche de sexo y diversión. No teníamos la mejor imagen, pero sí el mejor humor. Ian apareció con la camisa de asas rota y no tuve más que arquear la ceja para que me contara la historia. No fue el único con algo interesante que decir mientras esperábamos el pedido de pizzas familiares. Ni siquiera me di cuenta de lo hambriento que estaba hasta aquel momento, cuando devoré cinco de esas pizzas sin apenas respirar.

Fue una noche increíble. La primera de muchas...

HUSH: EL ESPÍA

La noche del sábado, Kov me dice que Nick quiere hablar conmigo. Así que me termino el café y voy con mi pitillo en dirección a su despacho. Llamo a la puerta pero, como la primera vez, la música rock es demasiado alta y el Alfa no me escucha. Así que abro y pregunto:

— ¿Querías verme, Nick?

Él me mira y asiente, apagando el reproductor y dejando los papeles que leía a un lado. Huele más fuerte de lo habitual, a Macho muy bien alimentado, en más de un sentido. Chad se había ido de vuelta a su puesto de montaña, pero estaba claro que no había perdido el tiempo en la ciudad.

— ¿Qué tal en el Luna Llena? — me pregunta mientras camino hacia el asiento frente a él.

— Muy bien — le aseguro —. Aunque no sabía todo lo que... pasaba allí.

Nick sonríe y asiente, recostándose en su sillón de jefazo antes de cruzarse de brazos.

— El Club siempre ha sido un espacio seguro para nosotros — afirma —. Me alegro que lo disfrutes.

Asiento y fumo una calada del cigarro, a la espera de que me cuente el motivo de mi visita.

— Luka me ha dicho que lo has hecho bastante bien estos días. Que eres muy observador.

— Espera, ¿Luka me estaba poniendo a prueba? — pregunto.

— Algo así. Le pedí que me contara si eras la clase de Macho que parecías. Según él, me equivoqué.

— Ahm... — es todo lo que consigo decir.

— ¿Has oído lo del Club Eclipse? — pregunta entonces.

— Algo me suena...

— ¿Qué te parece?

— Me parece que no te gusta nada.

— No. No me gusta — reconoce —. Escucha...

Nick me cuenta algo muy parecido a lo que Zack ya me ha explicado: que los nombres de los Distritos eran solo algo anecdótico, que la Manada era solo una y que podría estar forjándose la semilla de lo que, algún día, podría representar el final de la unidad de los Luna Llena.

— Ahí es donde entras tú, Hush — me dice —. Sé que eres inteligente y tienes recursos, pero no quiero recurrir a la violencia si no es estrictamente necesario. Tú y tu grupo seréis los encargados de vigilar que todo vaya bien. Será fácil si incluimos a Machos con trabajos como el de Luka, que se puede mover por los Distritos sin levantar ningún tipo de sospecha.

— Así que la idea es formar un grupo «especial» — entrecomillo esa palabra con los dedos —, para espiar a los chicos...

— Para tratar de mantener la situación bajo control — me corrige —. Como la policía secreta o el FBI. ¿Lo entiendes? La Manada es demasiado grande ahora, el poder está demasiado segregado y distribuido. No es como antes.

—¿Y de quién es la culpa? —pregunto—. No veo que te quejaras estos días que no has salido de encima de Chad.

—No es tan fácil —murmura, apretando los dientes y dedicándome una peligrosa mirada por el borde superior de los ojos—. Contigo, ya tengo cuatro SubAlfas, Diez Betas y más de cien Machos Comunes... Todos quieren un trozo del pastel. ¿Qué te crees, que Ian, Walt o Tiger se van a conformar con puestos pequeños? ¿Tú lo harías?

Fumo una calada y mantengo la mirada del Alfa. Ahora que lo explica así, empieza a tener sentido.

—Así que voy a ser el líder del puto KGB lobuno.

Nick tarda un momento en responder:

—Algo así...

—¿Y qué se supone que quieres que haga? Raptar a los Machos rebeldes y encerrarlos para reeducarlos a base de palizas y trabajos forzados.

—Hush...

—Solo pregunto —me defiendo—. Porque no entiendo qué te crees que puedo hacer.

—Por ahora, solo observar. Después, tomaremos medidas. Zack tiene algunas buenas ideas, pero es... un poco radical con algunas cosas.

—Sí —sonrío—, seguro que está de acuerdo con lo de los trabajos forzados.

—Pero yo no —insiste con un gesto cortante de la mano—. Tenemos tiempo, hemos visto venir el problema. Podemos solucionarlo de una forma calmada e inteligente, sin violencia.

—Mmh... —murmuro, como si estuviera sorprendido o interesado—. Ya veremos.

A Nick no le gusta oír eso, pero, tras otro de sus breves silencios, pregunta:

—Entonces, ¿aceptas el puesto?

—Claro. Hush el espía. Suena cojonudo.

El Alfa pone una mueca de circunstancias y hace un gesto para indicarme que me puedo levantar.

—Te mandaré una lista con los Machos a tus órdenes. O puedes elegir tú a algunos que quieras, pero tienen que ser de máxima confianza. Como te puedes imaginar, no es algo que quiero que la Manada descubra. Podría asustarles cuando, en realidad, es solo por seguridad.

—Eso dijo Stalin antes de abrir los campos en Siberia...

—¡Hush!

S sonrío y me acerco a la puerta. Con el pitillo en los labios me giro para dedicarle una breve mirada y una sonrisa.

—Era broma, Nick... tranquilo.

El Alfa no responde, solo se queda serio y me mira fijamente mientras desaparezco por la puerta.

Hush el espía...